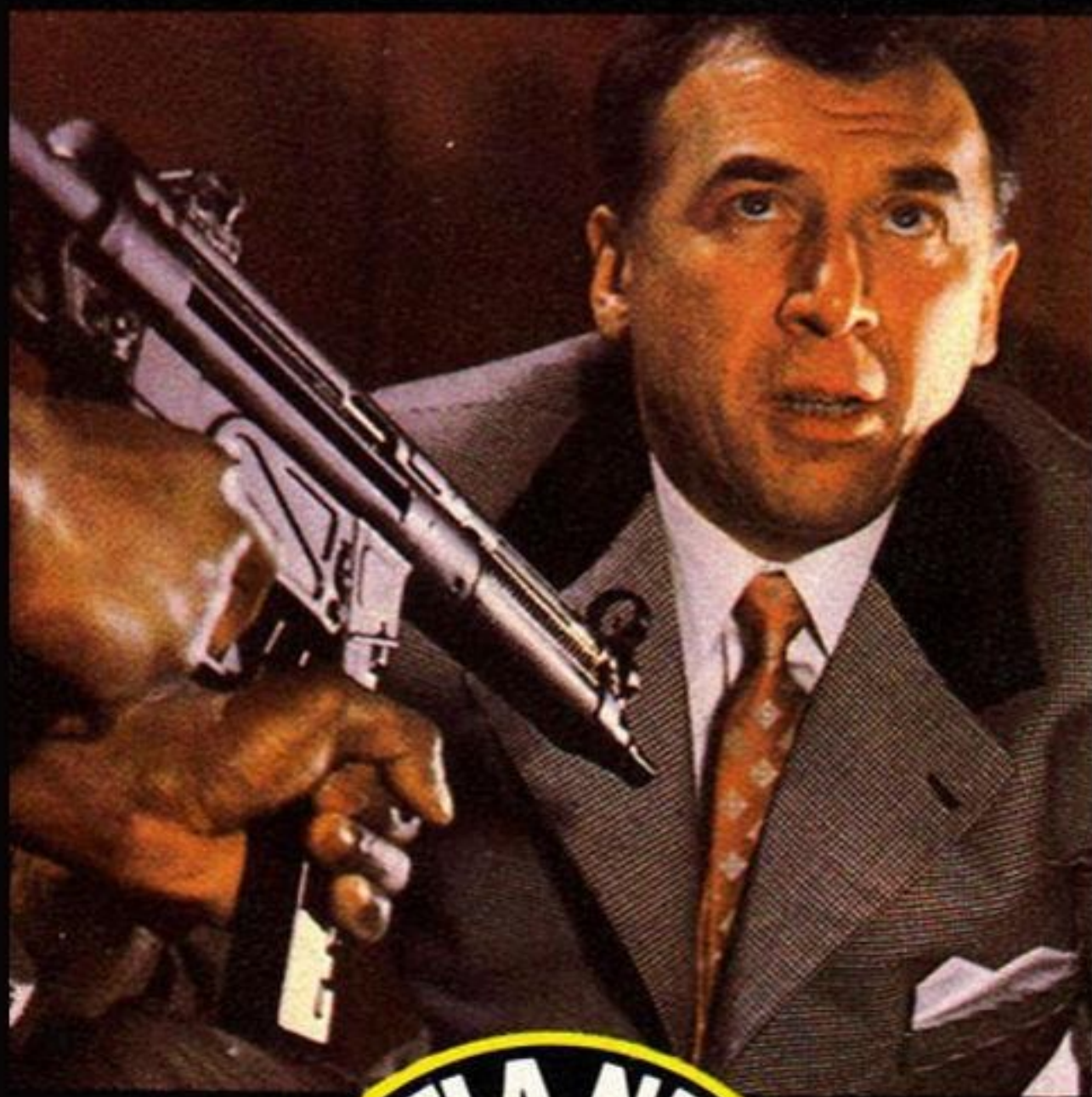


JAMES M. CAIN

El estafador



NOVELA NEGRA
49

Lectulandia

En una pequeña agencia bancaria, un empleado ha ideado un rentable sistema para sustraer los ahorros de sus clientes. El éxito alcanzado por la gestión de este hombre oscuro y taciturno despierta las sospechas de los directivos y entonces se lleva a cabo una investigación. Desde ese mismo momento, planteado ya en las primeras páginas con la vertiginosidad propia de James Cain, un torbellino de suspense, violencia y turbulentas pasiones se desata con una fuerza capaz de arrasar con todo, haciendo de cada uno de los protagonistas un sospechoso, quizás un estafador.

Lectulandia

James M. Cain

El estafador

ePub r1.0

Samarcanda 05.05.14

Título original: *The Embezzler*
James M. Cain, 1938
Traducción: Manuel Barberá

Editor digital: Samarcanda
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Presentación

Moral por moral

James M. Cain murió, a los ochenta y cinco años, en 1977. Dejó, casi deliberadamente, una cuantiosa obra literaria. Pero si desde su primera novela, escrita y publicada en 1934, Cain se abrió un espacio inolvidable en el marco de la literatura americana del siglo, debe semejante honor, precisamente, a aquella obra primeriza, tan ejemplar como fundacional, y, como mucho, a las cinco siguientes. A partir de 1942, efectivamente, los devaneos del éxito precipitaron la producción de Cain hacia un declive quizá no tan pronunciado como intrascendente. Y es entonces su ciclo de novelas genuinamente negras, o de verdad próximas al género, el que define su real magnitud. *El cartero llama dos veces* (*The Postman Always Rings Twice*, 1934), *Pacto de sangre* (*Double Indemnity*, 1936), *Serenata* (*Serenade*, 1937), *El estafador* (*The Embezzler*, 1939), *Mildred Pierce* (1941) y *Love's Lovely Counterfeit* (1942) representan una trayectoria creativa de inolvidables aciertos, y alcanzan —en más de una ocasión— una belleza huidiza, una poesía vibrante, una capacidad de perturbación que, sustentadas en la violencia y en el suspense, crearon un estilo inconfundible y señalaron, con inapelable intuición, rumbos definitivos para la por entonces recién nacida novela negra.

El estilo y los recursos técnicos desplegados en *El estafador* recuerdan necesariamente la brillantez formal de la obra maestra de Cain, *El cartero llama dos veces*. Como en ella, es en este caso —otra vez— un triángulo amoroso-criminal el núcleo a partir del cual el eje y la trama del libro se organizan argumentalmente. Un ejecutivo de un banco de los Ángeles, Dave Bennett, es trasladado a una cercana oficina de Glendale con la concreta misión de realizar una tarea de control y supervisión de ciertas operaciones de ahorro impulsadas por el empleado Charles Brent. La esposa de éste, Sheila Rollinson, también trabaja en la oficina, y Bennett advierte rápidamente que *algo* no va bien en el matrimonio; como *algo*, a un tiempo, no va bien en el banco. De todo esto, como es previsible en las primeras obras de Cain, el lector se entera en las iniciales veinte líneas del libro. No hay ninguna vacilación —como no la había en *El cartero llama dos veces*— en el planteo de los hechos y los sentimientos. Bennett, muy pocas líneas después, revela ya el atractivo que sobre él ejerce Sheila y a través de este simple recurso del autor, queda desde el comienzo *enfrentado* con el marido de la mujer. Pero, con gran sagacidad, Cain demuestra una y otra vez, hasta el final de la novela, que ni siquiera este sentimiento, este *amor*, puede dar absoluta certeza a Bennett sobre la honestidad de Sheila, y hasta las últimas páginas es casi imposible acertar la identidad del *estafador*. Las sospechas

irán recayendo alternativamente sobre uno y sobre otro, incluidos el propio Bennett y —¿por qué no?— el propio James Cain, es decir el autor. Porque en la arquitectura de *El estafador*, narrada en primera persona por Bennett, Cain retiene en el silencio, hasta el final, circunstancias objetivas y la historia resulta continuamente *interpretada* por la subjetividad de Bennett, por su encrucijada ante la honestidad por un lado y la pasión por otro, por el convencimiento con que defiende sus hipótesis y, a la vez, por sus propias sospechas de que tales hipótesis no son válidas y de que, en definitiva, *alguien* le está estafando, económica y afectivamente. El lector, por suerte y con satisfacción, comprueba por último que no ha sido él —quien ha leído— el estafado, puesto que la novela se resuelve con pulcritud según las normas. Y si su intención no ahonda con la precisión demostrada en *El cartero* en lo que Boileau-Narcejac describieron, hablando del suspense, como «un ceremonial de la catástrofe», en ningún caso puede negarse que la historia ha servido —desde un esquema, por cierto— para castigar una cierta moral al uso de los americanos años treinta, aun cuando de inmediato una nueva propuesta, no menos moral ni menos rígida que la anterior, cierre la obra con un *sano y aislado* final feliz.

Juan Carlos Martini

Capítulo primero

La conocí una noche que vino a casa, después de llamar por teléfono y preguntar si podíamos vernos por una cuestión de negocios. Yo no tenía la más remota idea de lo que deseaba; supuse que tendría algo que ver con el banco. A la sazón yo ocupaba interinamente el puesto de cajero de nuestra sucursal de Anita Avenue, la más pequeña de las tres que tenemos en Glendale y, a decir verdad, la menos importante de todas nuestras sucursales. En la casa central, en Los Ángeles, figuré como vicepresidente; pero me mandaron a verificar el estado de la sucursal no por temor a que hubiera algo mal, sino por lo que estuviera bien. Los depósitos en libretas de ahorros, comparados con las cuentas corrientes, eran el doble de las de cualquier otra sucursal, y el jefe pensó que valía la pena mandar a una persona que investigara si habían inventado algo desconocido en el mundo bancario.

Muy poco tardé en descubrir el juego. Su marido, un individuo llamado Brent, era el primero de los empleados de caja y tenía a su cargo la sección de libretas de ahorro. Se había erigido en padre misionero de todos los obreros que tenían cuenta en la sucursal, dedicándose a perseguirles y a hacerles ahorrar; ya la mitad de ellos estaban comprándose casas, y no había uno solo que no tuviera una buena cantidad de dinero en el banco. A nosotros nos convenía, y también a los obreros; pero a pesar de todo no me gustó Brent, ni su manera de trabajar. Le invité a comer cierto día, pero estaba muy ocupado y no pudo venir. Tuve que esperar hasta la hora de cierre; entonces fuimos a una lechería, y mientras bebía un vaso de leche traté de averiguar cómo conseguía aquellos depósitos semanales, y si, a su juicio, algunos de sus métodos podrían emplearse en las demás sucursales de la institución. Pero por lo visto me equivoqué de táctica, porque creyó que en realidad quería censurar su proceder y tardé media hora en serenarle. Era un hombre raro, tan quisquilloso que apenas si se le podía hablar, y tenía una mirada de vendedor de libros religiosos que hacía fácil comprender por qué consideraba su trabajo como una especie de misión entre la gente que le confiaba el dinero. Tendría unos treinta años, aunque parecía mayor. Era alto y delgado y se le notaba una prematura calvicie; caminaba un poco inclinado y su rostro tenía un tinte gris, que no es corriente ver en hombres sanos. Después de tomar la leche y los dos bizcochos, sacó una pequeña tableta de un sobre que llevaba en el bolsillo, la disolvió en agua y se la tomó.

Sin embargo, aunque al final se convenció de que yo no estaba afilando las armas para atacarle, tampoco me ayudó mucho. Insistió en decir que los ahorros tenían que conseguirse con acción personal, que el empleado de caja tiene que dar al cliente la impresión de que se interesa por el aumento de su crédito, y otras cosas por el estilo. Sus ojos parecían los de un sacerdote cuando dijo que no es posible infundir esa confianza al cliente si uno mismo no la siente. Y durante irnos segundos experimentó

cierta emoción, que gradualmente fue desapareciendo. Así escrito parece bien; pero visto, no era lo mismo. Por supuesto, a una compañía grande no le gustan los personalismos en sus agentes, si pueden evitarse. La institución es el banco y no el hombre; al hombre con personalidad probada puede llegarle otra oferta de otro lugar, y puede, al irse, llevar consigo toda la clientela. Pero no es esto lo que no me convencía. Algo en el individuo no me agradaba, aunque ignoraba qué era, pero mi interés no fue tan grande como para averiguarlo.

Por eso cuando su esposa me llamó unas semanas después, y me preguntó si podíamos vernos aquella noche en mi casa, y no en el banco, creo que no fui suficientemente cortés con ella. En primer lugar, me parecía raro que eligiera mi casa en vez del banco; en segundo lugar, no parecía anticipar buenas noticias, y en tercer lugar, si se quedaba mucho yo no podría ir a ver los combates del Legion Stadium, que me atraían bastante. De todos modos, no me quedaba otro remedio que recibirla, y así lo hice. Sam, mi criado filipino, tenía que salir, de modo que arreglé yo mismo una mesa para las bebidas, presintiendo que si ella era tan beata como él, se sorprendería tanto que no dejaría de marcharse temprano.

No la sorprendió. Era mucho más joven que su marido; a mi juicio andaría por los veinticinco años; tenía los ojos azules, el cabello castaño, y unas formas de las cuales no era fácil apartar la mirada. De estatura normal, considerada en conjunto resultaba tan bonita que parecía pequeña. Si era hermosa, no lo sé; pero tenía una manera de mirar que la embellecía. Sus dientes eran grandes y blancos, y los labios un poco gruesos. Le daban un aspecto pesado y huraño; una de las cejas tenía cierto tic nervioso, que, cuando decía algo, era la única parte del rostro que se movía. Sin embargo, con ese gesto expresaba más que las otras mujeres con todos sus ademanes.

Todos estos detalles me llamaron la atención, porque eran inesperados. Recogí su abrigo y la seguí al salón. Se sentó delante de la estufa, cogió un cigarrillo, lo golpeó con la uña y miró a su alrededor. Cuando vio las bebidas sobre una bandeja ya estaba encendiendo el cigarrillo; hizo una seña afirmativa con la cabeza, mientras las volutas de humo se le metían en un ojo.

—Sí, creo que sí.

Me reí y le serví una copa. Era todo lo que habíamos dicho, y, sin embargo, nos hizo intimar más de lo que habríamos conseguido en una hora de conversación. Me hizo algunas preguntas acerca de mí, en especial si yo era el mismo Dave Bennett que solía jugar de defensa medio con los universitarios de la USC, y cuando le respondí afirmativamente, calculó mi edad. Se equivocó en un año. Dijo treinta y dos, y yo tengo treinta y tres. Agregó que tenía doce años cuando me vio hacer un quite en un paso interceptado, con lo que resultaba tener ella los veinticinco años que yo había calculado. Probó la bebida. Puse otro tronco en el fuego. Mi entusiasmo por las peleas del Stadium empezaba a disminuir.

Cuando terminó, dejó la copa sobre la mesa, haciéndome señas de que no le sirviera más, y dijo:

—Bueno...

—Sí, esa terrible palabra.

—Lamento traer malas noticias.

—¿De qué se trata?

—Charles está enfermo.

—No parecía estar muy bien.

—Necesita una operación.

—¿Qué le ocurre... si puede saberse?

—Sí, puede saberse, aunque es bastante engorroso. Tiene una úlcera de duodeno; ha abusado tanto, por lo menos del estómago, dada la intensidad con que hace su trabajo, sin querer salir a comer y tantas otras cosas que no debió hacer, que hasta ese punto ha llegado el mal. Quiero decir que es grave. Si se hubiera cuidado más, no lo sería tanto. Pero se descuidó, y ahora temo que si no se hace algo... sí, será grave. Haría mal en no decirlo. He recibido hoy el informe de la revisión médica a que fue sometido. Dice que si no se opera en seguida, morirá dentro de un mes. La úlcera... está a punto de provocar una perforación.

—¿...?

—Esa parte no es tan fácil.

—¿Cuánto hace falta?

—¡Oh! No es cuestión de dinero. Eso está arreglado. Tiene un seguro, uno de esos seguros de vida que lo cubren todo. Se trata de Charles.

—No la comprendo bien.

—Dudo que yo pueda convencerle de que tiene que operarse. Tal vez pudiera, si le enseñase lo que acabo de recibir de los médicos; pero no deseo asustarle, si lo puedo evitar. Está tan enfrascado en su trabajo y lo hace con tanto fanatismo, que se niega rotundamente a abandonarlo. Parece creer que toda esa gente, todos esos obreros, se arruinarán si no está él ahí, gobernándoles, haciéndoles ahorrar dinero, obligándoles a pagar los plazos de sus casas, y no sé cuántas cosas más. A usted le parecerá estúpido. A mí también. Pero... no quiere abandonar.

—¿Desea que yo hable con él?

—Sí, pero no es eso todo. Creo que si Charles supiera que su trabajo se ha de hacer como él quiere, y que el empleo le va a esperar hasta que salga del hospital, se sometería sin mayor oposición. Esto es lo que he querido decirle. ¿Me permitirá ocupar el puesto y hacer de Charles mientras él está ausente?

—Bueno... Es un trabajo bastante complicado.

—¡Oh, no!, no lo es; por lo menos para mí. Debo advertirle que conozco tan bien como él todos los detalles. No sólo conozco a la gente, de tanto acompañarle cuando

la induce a economizar, sino que en un tiempo trabajé en el banco. Allí es donde le conocí. Y... lo haré perfectamente, puede estar seguro. Es decir, siempre que usted no se oponga a que lo convirtamos en un asunto de familia.

Recapacité unos minutos, o procuré hacerlo. Repasé mentalmente todas las razones en contra, sin encontrar ninguna que tuviera mayor peso. En el fondo, me era completamente igual que ella trabajase, si en realidad Brent tenía que ser internado en un hospital, ya que el puesto quedaría atendido durante su ausencia, y yo no estaría expuesto a pasar malos ratos; pero lo más fácil era que los otros tres empleados me acosaran, intentando conseguir un ascenso que de todos modos no podría durar mucho. Sin embargo, no haría mal en decir la verdad. Todo aquello cruzó por mi imaginación; pero también pensé en ella. No sería desagradable tenerla en torno a mí durante aquellas próximas semanas. La mujer me había gustado desde el principio y, a mi juicio por lo menos, era bastante guapa.

—Bien, me parece que no hay inconvenientes.

—¿Quiere decir que cuento con el puesto?

—Sí, claro.

—Es un gran alivio. Detesto pedir un empleo.

—¿Quiere tomar otra copa?

—No, gracias. Bueno, tan sólo un poquito.

Le serví otra copa y hablamos un poco más de su marido; le conté la forma en que su trabajo había llamado la atención en la casa central, lo cual pareció complacerla. Pero luego, en un exabrupto, le pregunté:

—¿Quién es usted, a todo esto?

—Creo que ya se lo he dicho.

—Sí; pero quiero saber más.

—¡Oh!, lamento decir que no soy nadie. O veamos, ¿quién soy yo? Nací en Princeton, Nueva Jersey. No me bautizaron en seguida por una discusión que se suscitó entre mis padres; creyeron que iba a ser pelirroja, y me pusieron de nombre Sheila, porque suena a irlandés. Luego, a la edad de diez años, me llevaron a California. A mi padre le dieron un puesto en el departamento de historia de la Universidad de Los Ángeles.

—¿Quién es su padre?

—Henry W. Rollinson...

—¡Ah, sí!, he oído hablar de él.

—Doctor en filosofía para usted, Hank a secas para mí. Y... veamos. Estudios superiores, niña prodigio de la clase, futura universitaria; no me convencía. Abandoné la escuela y conseguí un empleo en nuestro pequeño banco. Contesté a un anuncio del periódico. Dije que tenía dieciocho años, a pesar de tener sólo dieciséis, y allí trabajé tres años, logrando anualmente un aumento de un dólar. Después...

Charles se interesó por mí, y nos casamos.

—¿Quiere ser tan amable de explicar eso?

—Son cosas que ocurren, ¿no le parece?

—Bueno, de todos modos, no es de mi incumbencia. Dejémoslo.

—¿Quiere decir que somos distintos uno del otro?

—Más o menos.

—Me parece que ha pasado tanto tiempo desde entonces. ¿He mencionado ya que yo tenía diecinueve años? A esa edad se es muy susceptible a..., ¿cómo lo llaman?, al idealismo.

—¿Lo es todavía?

Dije esto impensadamente, y la voz me tembló. Ella vació el vaso y se puso de pie.

—Veamos ahora. ¿Qué otra cosa puede haber en mi pequeña biografía? Tengo dos hijas, una de cinco años y la otra de tres, ambas hermosas. Y... canto como soprano en el Coro Femenino de Eurídice. Eso es todo, y ahora tengo que irme.

—¿Dónde ha dejado su coche?

—No sé. He venido en autobús.

—En ese caso, ¿me permitirá que la lleve a su casa?

—Le quedaría muy agradecida si lo hiciera... Por cierto. Charles sería capaz de matarme si supiera que he venido a verle; es decir, que he venido a verle para hablar de él. Cree que he ido al cine. No vaya ocurrir que mañana usted, sin querer, me delate.

—Queda entre nosotros.

—Puede parecer raro, pero él es muy quisquilloso.

Yo vivo en Hollywood, en la avenida Franklin, y ella vivía en el camino denominado Mountain Drive, de Glendale. La distancia se recorre en unos veinte minutos; pero cuando llegamos delante de su casa, en vez de detenerme, seguí.

—Se me acaba de ocurrir algo. Es excesivamente temprano para haber salido de una sesión de cine.

—Tiene usted mucha razón.

Subimos por las colinas. Hasta aquel momento habíamos sido muy locuaces; pero durante el resto del paseo sentimos cierto embarazo y no encontramos mucho que decir. Cuando atravesé de nuevo Glendale, salía gente del cine Alexander. La dejé en la esquina, un poco lejos de su casa. Me tendió la mano.

—Muchísimas gracias.

—Sólo le resta convencerle, y queda concedido el empleo.

—Me da vergüenza decirlo, pero...

—¿Qué?

—Lo he pasado muy bien.

Capítulo II

A mí me convenció; pero no pudo convencer a Brent, por lo menos con la misma facilidad. Refunfuñó y se negó rotundamente a ser internado en un hospital, o a hacer cualquier otra cosa que no fuese tomar pastillas para curarse la úlcera. Ella habló conmigo por teléfono tres o cuatro veces sobre este asunto, y cada noche parecían prolongarse más las conversaciones. Pero un día él se desmayó en la ventanilla, y tuve que mandarle a su casa en una ambulancia; estaba claro que ya no le quedaba mucho que decir. Se lo llevaron al hospital, y ella fue a ocupar su puesto al día siguiente; las cosas marcharon exactamente como ella aseguró que marcharían: hacía su trabajo perfectamente y los clientes traían el dinero igual que hasta entonces.

La primera noche que él estuvo en el hospital le llevé un canasto de frutas, regalo oficial del banco más que mío; allí estaba ella y, por supuesto, después que le dejamos, me ofrecí para acompañarla hasta su casa. La acompañé. Me enteré de que había dispuesto que la doncella pasara las noches en la casa, para cuidar a las niñas, mientras él estaba en el hospital, y en vista de eso dimos un paseo. A la noche siguiente la llevé al hospital, la esperé afuera, y volvimos a pasear. Una vez que terminaron con las radiografías, le sometieron a una operación de la cual salió bien; y por aquel entonces nuestros encuentros se habían convertido en una costumbre. Descubrí una sala que pasaba documentales, cerca del hospital, y mientras ella estaba con él, yo entraba en el cine para ver películas de deportes, y nos encontrábamos después para dar un pequeño paseo.

No me insinué, ni ella me dijo que me encontraba diferente a otros hombres que había conocido; de modo que en este sentido no había nada. Hablábamos de sus hijas y de los libros que leíamos; a veces rememoraba mis viejos días de jugador y algunas de las cosas que me había visto hacer en el terreno de juego. Pero casi siempre nos limitábamos a pasear sin decir nada, y no pude menos que alegrarme cuando me dijo que los médicos deseaban que Brent siguiera internado hasta curarse del todo. Hubiera podido quedarse allí hasta Navidad, y yo no lo hubiese lamentado en absoluto.

La sucursal de Anita Avenue, como creo haberlo dicho ya, es la más pequeña que tenemos, apenas un reducido edificio bancario en la esquina con un callejón lateral y una farmacia enfrente. El banco tiene seis empleados; el cajero, dos empleados para atender las ventanillas, y el jefe de éstos, una muchacha que lleva los libros de contabilidad y un ordenanza. George Mason ocupó el cargo de cajero; pero le cambiaron cuando me encomendaron a mí el puesto, por lo que pasó a ser cajero interino. Sheila suplía a Brent como jefa de los empleados de ventanilla. Snelling y

Helm atendían al público, la señorita Church era la contable, y Adler el ordenanza. La señorita Church se esmeró en adularme o al menos eso me pareció. Teníamos que turnarnos para el almuerzo, y ella siempre insistía en que yo podía tomarme la hora entera, pues ella atendería sucesivamente las ventanillas, en que no me apresurara en regresar y cosas por el estilo. Pero yo quise llevar mi carga como todos los demás, de modo que me tomé la media hora igual que ellos, atendía las ventanillas en que hacía falta y, durante un par de horas no me sentaba en mi escritorio.

Un día, Sheila estaba fuera y los otros habían regresado algo temprano, en vista de lo cual salí. Todos comían en un pequeño café, en la misma calle, y adopté la costumbre de comer también allí; cuando llegué aquella vez, ella estaba sola en la mesa. Me hubiera sentado a su lado, pero no levantó la mirada; entonces me situé a un par de mesas de distancia. Ella estaba mirando por la ventana, y fumaba, pero muy pronto apagó el cigarrillo y se acercó.

—La noto muy reservada hoy, señora Brent.

—Alcancé a oír ciertas cosas.

—¿De los dos que estaban en la esquina?

—¿Sabe usted quién es el más gordo?

—No, no lo sé.

—Bunny Kaiser, el principal comerciante de muebles de Glendale. Su lema comercial es: «Ella compra todas sus cosas en Kaiser».

—¿No está edificando o algo así? Creo recordar que tuvimos negocios con él... haciéndonos cargo de sus títulos de propiedad.

—No vende acciones. Lo que le importa es el edificio, con su nombre grabado en la puerta; quiere dirigirlo todo. Pero no puede hacerlo. La construcción va por el primer piso, y tiene que pagar al contratista. Necesita cien mil dólares. Supongo que si una mujer inteligente consiguiera al banco ese negocio, tendría derecho a un aumento de sueldo.

—¿Cómo lo haría *ella* para conseguirlo?

—Con su atractivo femenino. ¿Cree que yo no lo tengo?

—No he dicho que no.

—Le aconsejo que no lo diga.

—Entonces estamos de acuerdo.

—¿Y...?

—¿Cuándo vence el pago sobre el primer piso?

—Mañana.

—¡Demonios! No nos da mucho margen para preparar el terreno.

—Deje que me ocupe del asunto, y yo venceré los obstáculos.

—Muy bien; si consigue el préstamo, su aumento será de dos dólares.

—Dos dólares y medio.

- Perfectamente. Dos y medio.
- Llegaré tarde. Es decir, al banco.
- Yo ocuparé su ventanilla.

Volví y me hice cargo de la ventanilla. A eso de las dos de la tarde entró un conductor de camión, cobró un cheque en la ventanilla de Helm, y vino luego a la mía para depositar diez dólares en la libreta de ahorros. Cogí su libreta, di entrada a la cantidad, y dejé los diez dólares a un lado para que ella los juntara con su dinero cuando volviese. Supongo que me entienden; todos tienen cajones para el dinero, y los cierran cuando salen, y el efectivo se verifica una vez por mes. Pero cuando saqué la tarjeta de nuestro fichero, el total que arrojaba era de ciento cincuenta dólares menos de lo que figuraba en la libreta del cliente.

En los bancos, se intenta que el cliente no advierta nada. Jamás debe faltarnos la sonrisa; al parecer todo marcha estupendamente, el banco mantiene su responsabilidad, y lo que está asentado en la libreta es lo que posee el depositante; el cliente no puede perder, sea cual sea la forma en que se hagan las cosas. De todas maneras, bajo aquella sonrisa forzada, noté mis labios un poco fríos. Volví a coger la libreta, como si aún tuviera que hacer algo con ella, y le planté encima una mancha enorme de tinta.

—Bueno, en realidad queda bastante bonito, ¿verdad?

—Sí, la ha adornado muy bien.

—Lo peor del caso es que ahora estoy un poco ocupado; ¿puede dejármela? La próxima vez que venga tendré preparada una nueva.

—Como usted quiera, amigo.

—De todos modos, ésta es un poco vieja.

—Sí, se ha ensuciado un poco.

Ya tenía preparado el recibo por el importe anotado en la libreta, había copiado la cantidad en su presencia, y se lo entregué. Salió, y puse la libreta a un lado. Me había retrasado un poco, y otros tres clientes hacían fila. Las primeras dos libretas correspondían con las tarjetas; pero no la última, que arrojaba una diferencia de doscientos dólares. No podía repetir lo que seguramente este cliente me había visto hacer con el otro; sin embargo, necesitaba retener la libreta. Al anotar el depósito, otra vez cayó una mancha de tinta en la página.

—Oiga, lo que necesita es una pluma nueva.

—Lo que necesitamos es un nuevo empleado. Para ser sincero, soy demasiado novato en estas cosas; sustituyo a la señora Brent, y me he precipitado un poco. Si quiere hacer el favor de dejarme la libreta...

—Sí, claro; está bien.

Hice el recibo, lo firmé, se retiró, y puse la libreta a un lado. En ese momento tuve un pequeño intervalo de tranquilidad, pues no había nadie en la ventanilla; cotejé

las libretas con sus respectivas tarjetas. En ambas cuentas, según nuestros registros, figuraban retiros de fondos que oscilaban entre veinticinco y cincuenta dólares, los cuales no estaban consignados en las libretas de los clientes. Pero esto tenía que constar en esas libretas. Si un cliente quiere retirar dinero, no puede hacerlo sin la libreta, porque la libreta es como una escritura de contrato que nos obliga; y no se pueden sacar fondos sin que lo anotemos allí en el acto, indicando la suma. Empecé a sentir un pequeño malestar. Recordé la manera escurridiza en que Brent me explicó que se ocupaba de la sección en forma personal. Volví a pensar en su negativa a ser internado en un hospital, cuando cualquier hombre sensato hubiera pedido por favor que se lo permitieran. Recordé la visita nocturna que me había hecho Sheila y todo cuanto había dicho sobre la seriedad con que Brent se tomaba las cosas, así como el ruego formulado por ella de hacerse cargo de la sección mientras él estaba ausente.

Todo aquello cruzaba por mi mente, pero, entretanto no dejé de revisar las tarjetas. Era posible que la cabeza me bailara un poco cuando las miré al principio; pero la segunda vez advertí que dos de esas tarjetas tenían pequeñas marcas de lápiz en el lado de los pagos. Se me ocurrió en el acto que podrían ser una clave. Y debía tener una clave, si quería ocultar algo. Si un cliente no tenía en su poder la libreta y quería conocer el saldo, Brent debía estar en condiciones de dárselo. Inspeccioné todas las tarjetas. Por lo menos la mitad habían sido marcadas con lápiz, siempre frente a una suma retirada, jamás en un depósito. Pensé en pasar esas cantidades marcadas por la máquina de sumar, pero no lo hice. Tuve miedo de que la señorita Church volviera a acosarme, proponiéndome hacerlo ella. Fui pasando las tarjetas una a una con lentitud entre mis dedos, sumándolas mentalmente. Si hacía bien la suma, lo ignoraba. Mi cabeza trabajaba como una máquina de sumar y sé hacer, como si tal cosa, esos ejercicios sensacionalistas de circo; pero estaba demasiado emocionado para trabajar con precisión. Aquella vez, sin embargo, no importaba. No podría equivocarme en mucho, Y la suma de las cantidades marcadas, cuando hube repasado todas las fichas, ascendía a un poco más de ocho mil quinientos dólares.

Poco antes de cerrar, más o menos a las tres de la tarde, apareció Sheila con el gordo Bunny Kaiser. Comprendí por qué la atracción femenina surtía efecto en un asunto en el que todos nuestros agentes habían fracasado unos meses antes, en sus intentos de negociar los títulos de aquel individuo. Era la primera vez en su vida que pedía prestado un dólar, y no sólo le desagradaba hacerlo, sino que estaba tan avergonzado que ni siquiera se atrevió a mirarme. El sistema empleado por ella para obligarle a sentirse cómodo no consistía únicamente en no discutir con él; además, le daba palmaditas en la mano; y era emocionante la forma en que él aceptaba el mimo. Al cabo de un rato ella me hizo señas de que me apartara; me encaminé hacia el interior, hice cerrar la caja fuerte y despedí al resto del personal con toda la rapidez que pude.

Luego tratamos el negocio; llamé por teléfono a la central para requerir su aprobación, y a eso de las cuatro y media él se marchó, Sheila me alargó una mano, muy emocionada, y yo se la cogí. Empezó a describir algunos pasos de danza, castañeteando los dedos y entonando una canción. Bruscamente se detuvo e hizo ademán de cepillarse la ropa.

—¿Me encuentra algo raro?

—No. ¿Por qué?

—Porque me está mirando fijamente desde hace una hora.

—Miraba el vestido.

—¿Tiene algo?

—No es lo que suelen llevar las empleadas de un banco. No... no parece un vestido de oficina.

—Lo he hecho yo misma.

—Entonces se explica.

Capítulo III

Amigo, si quiere saber cuánto le preocupa una mujer, basta con que se meta en la cabeza que ella le ha tomado por un tonto. Temblaba al llegar a casa, y temblaba cuando subí a mi habitación y me acosté. Estaba metido en un lío gordo y sabía que estaba obligado a hacer algo. Pero sólo pensaba en la forma en que ella me había alborotado el pelo, o en la forma que yo creía que lo había hecho; cómo me había dejado engañar y lo imbécil que era. Me sonrojaba al recordar los paseos en coche y toda la caballerosidad a que había recurrido para no cortejarla. Luego pensé cómo se habría reído de mí, y hundí la cabeza en la almohada. Al cabo de un rato reflexioné sobre lo que debía hacer esa noche. Estaba citado con ella para acompañarla al hospital, al igual que durante la semana anterior, y me pregunté qué me convendría hacer. Mi deseo era dejarla plantada y no volver a verla; pero no podía hacerlo. Después de lo que me había dicho en el banco cuando notó que la estaba mirando, si yo no acudía a la cita podría adivinar que estaba enterado de algo. Hiciese lo que hiciese, necesitaba disponer de toda libertad para poder sacar deducciones.

Esperé en su calle, en el mismo sitio donde solíamos reunirnos, por miedo a lo que pudieran recelar los vecinos si me veían llegar hasta su puerta, y a los pocos minutos apareció. Hice sonar suavemente la bocina, y entró en el coche. No volvió a hablar de que yo la había mirado ni de lo que dijimos entonces. Habló únicamente de Kaiser, y de la forma en que había logrado para nosotros un excelente negocio, al cual podrían seguir muchos otros similares, con sólo autorizarla. Le seguí la corriente, y por primera vez desde que la conocía se puso apenas un poco zalamera conmigo. No quiero decir que esto significara gran cosa, pues se limitó a decir que podíamos formar una pareja excelente si nos lo proponíamos. Pero me acordé de mi rubor de la tarde y, cuando entró en el hospital, temblé de miedo.

No fui al cine aquella noche. Permanecí sentado en el coche durante la hora que ella estuvo en el hospital, y cuanto más tiempo pasaba mayor era mi indignación. Llegué a sentir odio hacia aquella mujer cuando regresó, y luego, mientras se acomodaba en el coche a mi lado, cierta idea cruzó por mi cerebro con la vertiginosidad del rayo. Si aquél era su juego, ¿hasta dónde llegaría? La observé cuando encendía un cigarrillo, y sentí la boca seca y ardiente. Pronto averiguaría lo que deseaba. En vez de enfilar hacia las colinas, al océano o a cualquier otro de nuestros habituales lugares de paseo, me encaminé directamente hacia mi casa.

Entramos; encendí la estufa, pero no la luz del salón. Musité algunas palabras acerca de tomar unas copas y me alejé en dirección a la cocina. En realidad, lo que deseaba era ver si Sam estaba en casa. No estaba, y seguramente no volvería hasta la una o las

dos, de manera que todo se presentaba bien. Preparé una bandeja con bebidas y volví con ellas al salón. Sheila se había quitado el sombrero y estaba sentada frente al fuego, a uno de los lados, en uno de los dos sofás, ambos medio girados hacia la estufa, y movía los pies junto a la llama. Preparé dos copas, las puse en la mesita que está entre ambos sofás, y me senté a su lado. Levantó la mirada, cogió el vaso, y empezó a beber. Le hice una broma acerca de lo negros que parecían sus ojos a la luz del fuego, y me replicó que eran azules; pero daba la impresión de que no le molestaría seguir escuchando esas cosas. Le puse un brazo en torno al cuello.

Bueno, puede escribirse un libro entero sobre la forma en que una mujer obstaculiza las caricias cuando no está en su ánimo seguir el juego. Si nos da una bofetada, quiere decir que es una estúpida, y lo mejor que podemos hacer es retirarnos. Si entra en explicaciones que nos obligan a sentirnos tontos, no conoce las cosas de este mundo, y lo más acertado es dejarla en paz. Pero si responde con otro juego que nos traba y, sin embargo, poco es lo que ha ocurrido y no nos vemos convertidos en idiotas, ella pisa terreno firme, y todo va bien; se puede seguir a su lado y continuar las bromas sin necesidad de despertarse a la mañana siguiente lamentando no haber sido más audaz. Esto es lo que ella hizo. No se retiró, ni se fingió sorprendida, ni dijo ninguna tontería. Pero tampoco se me acercó, y unos minutos después se agachó para coger su vaso, y cuando se recostó de nuevo yo ya había retirado mi brazo.

Sin embargo, me sentía confuso, y demasiado bien sabía que era una mujer ligera de cascos, por lo que no le presté mayor atención, ni traté de averiguar qué se proponía. Pensé que, si algo tenía que hacer con el banco, yo estaba colocándome en una situación comprometida, enredándome entre los pliegues de su falda, y lanzándome por una pendiente en la cual no podría detenerme. Pero esto sólo sirvió para dar a mi boca mayor sequedad y ardor.

Volví a rodearle el cuello con un brazo y la atraje hacia mí. No reaccionó en ningún sentido. Coloqué mi mejilla contra la suya y fui buscando su boca. Tampoco reaccionó, pero su boca parecía difícil de alcanzar. Le puse una mano en la mejilla, y luego, con toda premeditación, fui deslizándola hasta el cuello y le desabroché el primer botón del vestido. Me apartó la mano, se abotonó, se incorporó para coger el vaso, y cuando volvió a sentarse ya no la tenía en mis brazos.

Tardó un buen rato en beber, y yo me quedé sentado, mirándola. Cuando volvió a dejar el vaso, la rodeé con un brazo antes de que pudiera echarse hacia atrás. Con la otra mano hice un movimiento rápido y le corrí el vestido hasta el lugar donde sus ligas se unían a la faja. No sé lo que hizo ella entonces, porque sucedió una cosa que yo no esperaba. Las piernas eran tan hermosas y tan suaves, que sentí algo en la garganta y durante un segundo más o menos no tuve idea de lo que pasaba. Cuando me di cuenta, estaba erguida delante de la estufa y me contemplaba con el rostro

crispado.

—¿Quiere hacerme el favor de decirme qué le pasa esta noche?

—Nada en particular.

—Se lo ruego. Deseo saberlo.

—En fin... Que la encuentro muy atractiva, eso es todo.

—¿No será algo que yo he hecho?

—No he notado que haya hecho nada.

—Le ocurre algo, aunque ignoro de qué se trata. Desde que hoy he llegado al banco con Bunny Kaiser, no hace más que mirarme, y sus miradas me resultan frías, duras y desagradables. ¿Qué sucede? ¿Será lo que he dicho durante el almuerzo, cuando he asegurado que tenía atractivo femenino?

—Ya sé que lo tiene. Estamos de acuerdo.

—¿Sabe qué estoy pensando?

—No; pero me gustaría saberlo.

—Creo adivinar que esa afirmación mía, o alguna otra cosa, le ha despertado de pronto a la realidad de que soy una mujer casada, que salgo mucho con usted, y que ya es hora de que usted haga honor a la antigua tradición masculina y trate de conquistarme.

—Como quiera que sea, eso es lo que estoy tratando de hacer.

Alargó la mano en busca del vaso y cambió de idea. Encendió un cigarrillo. Quedó inmóvil un minuto, mirando el fuego y aspirando humo. Luego dijo:

—No diré que sea imposible. Después de todo, desde hace un año poco más o menos mi vida de casada no es un jardín florido. No es muy grato estar junto al marido cuando vuelve en sí después de la anestesia y oírle musitar el nombre de otra mujer. Creo que por eso he salido con usted todas estas noches. Nuestros paseos han sido algo más que agradables: han sido románticos, y si fingiera que nada han significado para mí, mentiría. Han sido... raptos fugaces a la luz de la luna, y luego hoy, cuando he convencido a Kaiser y le he traído al banco, estaba entusiasmadísima, no tanto por el negocio que el banco realiza ni por el aumento de dos dólares y medio, ya que ninguna de las dos cosas me importa un bledo, sino porque era algo que usted y yo habíamos hecho juntos, algo de lo cual tendríamos que hablar esta noche, y que significaría... otro momento fugaz a la luz de la luna, a la luz de una luna muy brillante. Pero en el banco me bastaron pocos minutos para advertir su mirada. Esta noche... se ha comportado usted de una forma absolutamente horrible. No diré que sea imposible. En el fondo, soy demasiado humana. Pero no de este modo. Y basta ya. ¿Me permite utilizar su teléfono?

Pensé que quizá quisiera ir al cuarto de baño, y conecté el aparato en mi dormitorio. Me senté junto a la estufa un rato bastante largo, y esperé. Seguía con las ideas confusas, pues las cosas no ocurrían como esperaba. Muy en el fondo de mi ser

empecé a sentir la necesidad de decirle, de contarle todo de una vez, cuando de pronto sonó el timbre. Abrí la puerta, y me encontré con un taxista.

—¿Ha pedido un taxi?

—No, aquí no ha sido.

El hombre extrajo un papel, y estaba mirándolo cuando ella bajó la escalera.

—Supongo que es mi taxi.

—¡Oh! ¿Lo ha pedido usted?

—Sí. Muchísimas gracias, ha sido usted muy amable.

Tenía la misma frialdad de los muertos y estaba a mitad de la acera, fuera de mi alcance, sin que a mí se me ocurriese decir algo. La vi entrar en el taxi, vi cómo arrancaba y luego cerré la puerta y volví al salón. Cuando me senté en el sofá, seguí aspirando su perfume y noté que su vaso sólo había sido vaciado hasta la mitad. Experimenté en la garganta la misma sensación de antes, y empecé a maldecirme en voz alta, al tiempo que me servía una copa.

Había decidido descubrir qué se proponía y lo único que había descubierto era que yo estaba trastornado. Recapacité una y otra vez hasta sentirme atontado; y nada de lo dicho y hecho por ella demostraba algo. Quizá fuera honesta, y quizá estuviera tomándome por un tonto mayor de lo que yo creía, un tonto capaz de verse envuelto en sus redes sin conseguir nada a cambio. En el banco me trataba igual que a los demás, en forma agradable, cortés y simpática. No volví a llevarla al hospital, y así transcurrieron tres o cuatro días.

Llegó luego el momento de realizar el balance mensual y traté de engañarme pensando que aquello era lo que yo esperaba antes de tomar medida alguna sobre las faltas de fondo. Hice la revisión con Helm y repasamos todas las cantidades. Cada uno abrió su caja; Helm contó el dinero en existencia, y yo lo verifiqué. Ella permaneció a mi lado mientras revisé su dinero, con una mirada estólida que nada podía significar, y, por supuesto, la comprobación salió exacta hasta el último centavo. No abrigaba la menor duda de que así sería. Las entradas falsas tenían por único objeto hacer que coincidieran las fichas con las existencias de fondos, y como databan de dos años atrás, no había la menor posibilidad de que la falta apareciese justamente en ese mes.

Aquella tarde, cuando llegué a casa, pensé detenidamente en el asunto y saqué la conclusión de que no podía hacer nada, por lo menos hasta haber hablado con ella, comportándome como un verdadero caballero.

Por la noche fui a Glendale, y aparqué el coche en Mountain Drive, en el mismo lugar de siempre. Llegué temprano, por si ella salía antes para tomar el autobús, y esperé un largo rato, tanto que estuve a punto de abandonar la espera, pero a eso de las siete y media la vi salir de la casa con paso presuroso. Cuando estuvo a unos veinte metros más o menos, hice sonar la bocina levemente, como otras veces. Se

puso a correr, y como me acometió la sensación angustiosa de que pasaría a mi lado sin hablarme siquiera, no la miré. Estaba decidido a no permitirle esa satisfacción. Pero antes de que pudiera darme cuenta de nada, se abrió y cerró con fuerza la portezuela, y la vi sentada a mi lado; me estrechó la mano y me dijo en voz baja:

—Me alegro mucho de que haya venido; muchísimo.

No nos dijimos nada durante el trayecto. Fui al cine, pero no podría contar lo que proyectaron en la pantalla. Mi mente no hacía más que repasar lo que tendría que decirle, o por lo menos procuraba repasarlo. Pero cada vez que intenté imaginarme el diálogo, me encontré hablando de su vida doméstica, y tratando de averiguar si realmente estaba liado Brent con otra mujer, y otras cosas por el estilo, que sólo tenían una explicación: significaban que la quería para mí. Y significaban que estaba tratando de convencerme de que ella desconocía por completo la falta de dinero, de que en todo momento había sido sincera, y de que yo le gustaba de verdad. Regresé al coche, me metí en él; muy pronto salió del hospital, y bajó la escalinata. Luego se detuvo, permaneció quieta un rato, como si estuviera pensando. Después se encaminó hacia el automóvil, pero esta vez no corrió; andaba despacio. Cuando estuvo en el asiento, se echó hacia atrás y cerró los ojos.

—¿Dave?

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre de pila. Mi corazón trepidó.

—¿Sí, Sheila?

—¿Podríamos sentarnos junto a la estufa esta noche?

—Me encantaría.

—Tengo... tengo necesidad de hablar con usted.

Me dirigí a casa. Nos abrió Sam, pero le dije que se retirara. Entramos en la sala y, al igual que la vez anterior, no encendí la luz. Me ayudó a encender el fuego, y me encaminé hacia la cocina para preparar algo de beber, pero me detuvo.

—No quiero beber nada. A menos que usted lo desee.

—No, yo soy poco bebedor.

—Sentémonos.

Se sentó en el sofá, en el mismo lugar de antes, y yo me acomodé a su lado. No intenté ninguna insinuación. Quedó mirando el fuego largo rato, y luego me cogió del brazo y se lo puso en torno al cuello.

—¿Soy muy mala?

—No.

—Quedémonos así.

Hice un intento de besarla, pero levantó la mano, cubrió mis labios con sus dedos y me apartó la boca. Apoyó la cabeza en mis hombros, cerró los ojos, y durante un rato no me habló. Luego dijo:

—Dave, tengo que contarle algo.

—¿De qué se trata?

—Es bastante trágico y tiene que ver con el banco; en consecuencia, si no quiere escucharme, dígalos sin rodeos y regresaré a casa.

—Está bien. Hable.

—A Charles le falta dinero en sus cuentas.

—¿Cuánto?

—Un poco más de nueve mil dólares. Nueve mil ciento trece con veintiséis centavos, si desea saber la cifra exacta. Hacía tiempo que lo sospechaba. Advertí ciertas cosas. Insistía mucho en que yo había cometido errores en mis anotaciones, pero esta noche le he obligado a confesar.

—Bueno. Es grave.

—¿Muy grave?

—Bastante.

—Dave, dígame la verdad. Necesito saberlo. ¿Qué le harán? ¿Irá a la cárcel?

—Temo que sí.

—¿Qué ocurre en esos casos?

—Mucho depende de la compañía de seguros. Si lo toman mal, no puede esperar mucha misericordia. No tiene vuelta de hoja. Le hacen detener, presentan la acusación, y lo demás depende de las pruebas que acumulen, y la forma en que las tome el juzgado. A veces, por supuesto, hay atenuantes...

—En este caso no hay ninguno. No invirtió el dinero en mí, ni en las niñas, ni en la casa. Yo me he atenido al presupuesto, y hasta me he ingeniado para ahorrar un poco todas las semanas.

—Sí, me fijé en su cuenta.

—Lo ha gastado con otra mujer.

—Ya comprendo.

—¿Cambiarían las cosas si se devolviera el dinero?

—Cambiarían completamente.

—En ese caso, ¿quedaría en libertad?

—También esto depende de la compañía de seguros, y del pacto que pueda establecer con ella. Podría calcularse que transigirían de cualquier manera para conseguir el dinero; pero por lo general no son clementes. No pueden serlo. Desde el punto de vista de ellos, por cada individuo que se exonera de culpa y cargo, serán diez individuos más que el próximo año querrán quedar libres de igual modo.

—¿Y si nunca se enteran?

—No entiendo.

—Suponga que yo encuentre la forma de reponer el dinero, es decir, siempre que pueda conseguirlo, y que luego pueda hacer coincidir las anotaciones, de modo que nadie se entere.

—No sería posible.

—Yo creo que sí.

—Las libretas de caja de ahorros lo demostrarían tarde o temprano.

—En la forma en que yo lo haría, no.

—Eso... tendría que pensarlo.

—Sabe usted lo que esto significa para mí, ¿no es verdad?

—Creo que sí.

—No se trata de mí ni de Charles. No deseo mal a nadie; pero si tiene que pagar por lo que ha hecho, tal vez sea lo que se merece. He pensado en mis dos hijas. Dave, no puedo permitir que sepan que su padre es un delincuente, que ha estado en la cárcel. ¿Me entiende, Dave? ¿Puede entenderme?

Por primera vez desde que había empezado a hablar, la miré. Seguía en mis brazos; pero estaba vuelta hacia mí en cierta actitud de tensión enternecida, y sus ojos parecían aterrados. Le acaricié la cabeza y traté de pensar. Sabía que tenía algo que hacer: aclarar mi situación. Se había sincerado conmigo y, por lo menos durante un rato, la creí. Necesitaba sincerarme con ella.

—¿Sheila?

—Sí.

—Tengo que decirle algo.

—¿De qué se trata, Dave?

—Hace tiempo que lo sé. Por lo menos una semana.

—¿Por eso me miraba de aquella manera?

—Sí. Por eso me comporté de aquel modo por la noche. Pensé que usted lo sabía. Pensé que estaba enterada cuando vino a visitarme para pedirme el empleo. Creí que me tomaba por imbécil, y quise averiguar hasta dónde estaba dispuesta a llegar para llevarme al terreno deseado. Bueno, con eso explico mi situación.

Se había incorporado y me observaba con una mirada penetrante.

—Dave, yo no lo sabía.

—Comprendo que lo ignoraba. Ahora me doy cuenta.

—Sabía lo de la otra, de la mujer con quien salía mi marido. Más de una vez me pregunté de dónde sacaba el dinero; no tenía la menor idea. Sólo hace dos o tres días, cuando empecé a notar discrepancias en las libretas.

—Sí, eso mismo advertí yo.

—¿Y por eso quiso seducirme?

—Sí. Tengo que decirle que no suelo obrar así. Me doy cuenta de que no la engañé. Quiero decir que no es eso lo que deseo de usted. La quiero como es posible querer a alguien; pero... en serio. ¿Comprende adónde quiero llegar, si es posible?

Asintió, y al instante nos abrazamos; la besé, ella me besó, y sus labios eran cálidos y suaves, y de nuevo experimenté en la garganta aquella sensación, como si

quisiera llorar. Permanecimos así largo rato, sin decir nada, tan sólo abrazándonos con fuerza. Ya estábamos a mitad de camino hacia su casa cuando nos acordamos nuevamente de la falta de dinero y de lo que haríamos al respecto. Me imploró una vez más que le permitiera salvar a sus hijos de la deshonra. Le contesté que lo pensaría; pero en el fondo de mi corazón sabía que estaba dispuesto a hacer todo lo que me pidiera.

Capítulo IV

—¿De dónde piensa sacar esa suma?

—Sólo puedo recurrir a una persona.

—¿Quién es?

—Mi padre.

—¿Tiene mucho dinero?

—No lo sé... Tiene una casa, allá en Westwood. Podría conseguir un préstamo. También tiene algún dinero. No sé cuánto; pero durante los últimos años su única hija no le ha ocasionado ningún gasto. Supongo que podrá conseguirlo.

—¿Pero qué pensará?

—Le dará mucha rabia. Y si accede a mi ruego, no será por Charles. Puedo asegurarle que no le aprecia mucho. Tampoco será por mí. Se enfureció mucho cuando sólo pensé en casarme con Charles, y cuando finalmente me fui y me casé... bueno, prefiero no hablar de eso. Sin embargo, es posible que lo haga por sus nietas. ¡Dios mío, qué enredo! ¡Qué cosa tan horrible!

Esto ocurría a la noche siguiente, y estábamos sentados en el coche, detenido en una de las terrazas que dan al mar. Supongo que serían las ocho y media porque ella no se había quedado mucho en el hospital. Contemplaba el oleaje, y de pronto me dijo que lo mejor sería que la llevase a la casa de su padre. Así lo hice, y en el camino habló muy poco. Aparqué el coche cerca de la casa; ella entró, y tardó un buen rato. Serían las once cuando salió. Entró en el coche y de pronto estalló en llanto, sin que fuera mucho lo que yo pudiese hacer. Cuando se serenó un poco, le pregunté:

—¿Qué? ¿Cómo le ha ido?

—Lo hará, pero ha sido terrible.

—Si se indignó, no puede decir que no ha estado en su derecho.

—No se indignó. Guardó silencio, y movió la cabeza; no tuve la menor duda de que me conseguiría el dinero. Pero... debe comprender, Da ve, que es un hombre viejo, y que después de sacrificarse quince años pagando la casa, por fin la tiene libre de deudas. Si lo desea, puede pasar los veranos en el Canadá con mi madre. Y ahora, en cambio, será imposible, porque tendrá que volver a pagar como antes y todo por culpa de esto. Sin embargo, no ha dicho una sola palabra.

—¿Qué ha dicho su madre?

—No se lo he contado. Supongo que mi padre lo hará, pero yo no he podido. He esperado a que ella se acostara. Por eso he tardado tanto. ¡Quince años pagando mensualmente los pagos, y de pronto queda todo en la nada, tan sólo porque Charles se enamoró de una necia que no vale ni siquiera la pólvora y el trabajo que daría matarla!

Casi no pude dormir aquella noche. Pensaba en el anciano profesor de historia, en su casa, en Sheila y en Brent que estaba en el hospital con un tubo en el vientre. Hasta aquel momento, no me había preocupado mayormente de él. No me gustaba, y se había portado mal con Sheila; por esto traté de no tomarle en cuenta para nada. Lo hice entonces, sin embargo, y me pregunté de qué clase de mujer: se habría enamorado Brent, y si estaría tan idiotizado por ella como yo por Sheila. Después me puse a pensar si mi pasión era tan grande como para cometer una estafa por salvarla, y esto me hizo incorporar en la cama y contemplar la oscuridad de la noche a través de la ventana. Podría decir que no lo haría, que jamás había robado nada a nadie ni tenía intenciones de hacerlo; pero en cierto modo ya estaba comprometido. Había transcurrido una semana desde que descubrí la falta, nada había dicho al respecto a la central, y estaba preparándome para ayudar a Sheila a cubrir el desfalco.

Una idea acerca de Brent cruzó entonces por mi mente, y desde ese momento dejé de engañarme. Acostado como estaba, hice algunos cálculos difíciles, que no me gustaron mucho; pero supe lo que debía hacer. A la noche siguiente, en vez de ir hacia el mar, me dirigí de nuevo hacia mi casa, y muy pronto estuvimos otra vez frente a la estufa. Ya había preparado bebidas, porque por lo menos estaba en paz conmigo mismo, y la retuve entre mis brazos un buen rato antes de abordar el tema. Luego le dije:

—¿Sheila?

—Sí.

—Lo he pensado detenidamente.

—No habrá decidido entregarle, ¿verdad, Dave?

—No; pero he pensado que sólo una persona puede asumir la responsabilidad.

—¿Qué quiere decir?

—Yo.

—No le entiendo.

—Pues bien; anoche la acompañé a casa de su padre, y al hombre no le resultó muy grato el asunto. Quince años ha estado pagando la casa, y ahora todo es inútil; para él no representa ninguna ventaja. ¿Qué motivo hay para que pague? Yo también tengo una casa y algo puedo conseguir sobre ella.

—¿Cuál será su compensación?

—Usted.

—¿Qué está diciendo?

—He dicho que de cualquier modo debo conseguir esos nueve mil dólares.

—¡No lo hará!

—Mire, dejemos de engañarnos. Ya sabemos que Brent se apropió de los fondos, los gastó en una fulana y se portó mal con usted. Es padre de dos hijas, que son también las nietas de su padre, y por esto el anciano tiene que pagar. Pues bien, no es

para tanto. He aquí lo único que debe interesarnos: Brent está fuera de combate; estará confinado en la cárcel o en una cama de hospital, recobrándose de una de las peores operaciones que existen, y, por cierto, se encuentra en una situación desesperada. Pero yo... estoy enamorado de su esposa. Ya que él está incapacitado, me siento dispuesto a robarle la mujer, lo único que le queda. Sin duda, esto no es correcto, pero es lo que deseo. Lo menos que puedo hacer es restituir el dinero, y lo haré. No se preocupe más por su padre. Y ya está todo dicho.

—No puedo permitírselo.

—¿Por qué?

—Si usted trae el dinero, me habrá comprado.

Se levantó y empezó a caminar por la habitación.

—Por lo que veo, lo dice usted todo. Ha tomado la determinación de apoderarse de la mujer de otro, y para acallar la conciencia quiere restituir el dinero que otro robó. Para él es muy bonito, ya que al parecer no le interesa la esposa. ¿Pero no ve en qué posición me coloca a mí? ¿Qué puedo decirle yo ahora? ¿O qué podría decir si le permitiera reintegrar esa suma? No podré devolvérsela. Ni siquiera en diez años ganaría lo suficiente. Vengo a quedar... a merced suya.

La miré mientras se paseaba por el cuarto, rozando los muebles con las manos, sin mirarme; y, repentinamente, una extraña sensación de ardor y salvajismo se apoderó de mí y la sangre se me, agolpó en la cabeza. Me acerqué a ella y la sacudí, para que me mirase.

—Le advierto que no son muchos los que se enamorarían de una mujer hasta el punto de asignarle un valor de nueve mil dólares. ¿Qué hay con eso? ¿No quiere ser comprada?

La estreché entre mis brazos y apreté mis labios contra los suyos.

—¿Tan malo le parece?

Abrió la boca y nuestros dientes rechinaron; ella tan sólo dijo estas palabras:

—Es grandioso, sencillamente grandioso.

Entonces me besó con fuerza.

—¿Quiere decir que todo lo que me ha dicho no son sino embustes?

—Embustes, nada más que embustes. ¡Es tan hermoso ser comprada! Me parece tener un velo en torno mío, estar vestida con ropas de harén, y me encanta.

—Ahora... devolveremos el dinero.

—Sí, juntos.

—Empezaremos mañana.

—¿No es extraño? Estoy completamente en sus manos. Soy su esclava, y me siento a salvo porque sé que nada malo me sucederá jamás.

—Está bien. Para usted será una cadena perpetua.

—Dave, estoy enamorada.

—Yo también.

Capítulo V

Si piensan que es difícil robar dinero de un banco, están en lo cierto. Pero esta dificultad no es nada comparada con la de reponerlo. Quizá no les he explicado con toda claridad lo que había hecho aquel pájaro. En primer lugar, cuando faltan fondos en un banco, siempre es en las cuentas de libretas de ahorro. El cliente comercial, el individuo que tiene una cuenta corriente, recibe todos los meses un estado de cuentas, pero no los clientes con libreta de ahorros. Los clientes nunca ven las tarjetas del banco, de modo que la cosa puede seguir meses y meses antes de que se descubra, y cuando se descubre, es sólo por una casualidad como en este caso, ya que Brent no contaba con tener que internarse en un hospital.

Ahora bien, lo que Brent había hecho era protegerse con toda esa charla sobre acción personal, para que ningún cliente del banco se entendiera con cualquiera de los otros. Esto debió despertar sospechas en George Mason; pero Brent traía negocios y nadie discute con un individuo que produce ganancias. Cuando logró que todo saliera como él deseaba, sin que ningún otro tocara las tarjetas y sin que los clientes acudiesen a los demás, pudo llevar a cabo el resto de su plan exactamente en la misma forma en que lo hacen todos. Eligió las cuentas en las cuales sabía que no tropezaría con dificultades e hizo recibos falsos de retiro de fondos, generalmente con unos cincuenta dólares. Imitaba la firma del cliente, pero no necesitaba ser demasiado experto, ya que esto no era revisado por ningún otro. Se guardaba los cincuenta dólares en el bolsillo y, naturalmente, hacía que el arqueo de fondos coincidiera con la tarjeta, y a este objeto anotaba en ella el supuesto pago: pero al lado de cada asiento falso ponía la marca tenue de lápiz que yo sorprendí, y que en cualquier momento le indicaba cuál debía ser el saldo verdadero, por si un cliente formulaba preguntas.

Pero ¿cómo se las arregla uno para reintegrar el dinero de modo que el arqueo diario, las tarjetas y las libretas de los clientes estén de acuerdo, y para que nada se trasluzca más tarde, cuando vengan los inspectores? Me quedé perplejo, y no tengo inconveniente en confesar que durante un tiempo sentí escalofríos. Yo proyectaba dar parte del estado de las cuentas, hacer que Sheila trajera el dinero sin decir de dónde lo había sacado, y dejar que a Brent le despidieran y se encargara él mismo de buscarse otro empleo. No se ensañarían mucho con él si se restituía el dinero. Pero ella no quería ni oír hablar de esto. Tenía miedo de que le metieran en la cárcel de todas maneras, en cuyo caso habría restituido el dinero inútilmente, sus hijas caerían en la deshonra, y estaríamos igual que antes. No era mucho lo que yo podía objetar. Sospechaba que probablemente le dejarían en libertad, pero no estaba seguro.

A Sheila se le ocurrió la forma. Paseábamos juntos una o dos noches después de decirle que quería darle el dinero, cuando empezó a hablar.

—Las tarjetas, el efectivo y las libretas, ¿no es eso?

—Nada más.

—Hacer que concuerden las tarjetas y el dinero es fácil.

—¿De veras?

—El dinero se reintegra en la misma forma en que salió. En vez de inventar retiros, invento depósitos. De este modo, los saldos en los tres casos serán iguales.

—Pero no en las libretas. Escúcheme. Si hay una sola libreta, tan sólo una, que pueda delatarnos cuando los dos nos encontremos ausentes, estamos perdidos. La única escapatoria que tenemos está en que nunca se llegue a sospechar, que jamás exista una duda. Por otra parte, no podemos mover un dedo hasta que hayamos visto todas las libretas correspondientes a las cuentas falsificadas. Creemos conocer su secreto, es decir, la forma en que procedió con esos pagos ficticios; pero debemos estar seguros, y es probable que no los haya repasado todos. A menos que podamos hacer las cosas muy bien, prefiero no tocar nada. Que vaya él a la cárcel es una cosa; pero que vayamos los tres, y que yo pierda mis nueve mil dólares... ¡oh, eso no!

—Muy bien; entonces, las libretas.

—Eso es, las libretas.

—Cuando una libreta se llena del todo, o en ella se comete algún error, ¿qué se hace?

—Le damos al cliente una nueva.

—¿Con cuántos asientos?

—Me imagino que uno solo. Su total hasta la fecha.

—Está bien. Y esa única anotación no habla del pasado. Concuerda con la tarjeta, y no queda una sola cifra que revele las anotaciones viejas, sean retiros, depósitos o lo que sea, aunque se trate de varios años. Muy bien, pues; quiere decir que hasta aquí mi idea es perfecta. ¿Y qué hacemos con la libreta vieja? Quiero decir qué se hace generalmente.

—Eso es, ¿qué se hace?

—La ponemos en un perforador que atraviesa todas las hojas, de este modo queda anulada, y se la devolvemos.

—Y entonces él se queda con ella, por si un inspector de la central la pide. Sí, valiente recurso.

—Pero ¿y si no la quiere?

—¿Adónde quiere llegar?

—Si no la quiere, la destruimos. A nosotros no nos sirve de nada, ¿no es verdad? Le pertenece a él; pero no la quiere.

—¿Está seguro de que la destruimos?

—Yo he roto miles. Y eso es exactamente lo que haremos ahora. Antes del próximo arqueo de mi caja, conseguimos esas libretas. Primero, comprobamos los

totales, para saber a qué atenernos. Luego, entregamos al depositante una nueva libreta que no detalla lo anterior.

—¿Por qué le daremos la nueva libreta?

—Aunque él no lo haya notado, la vieja se ha descosido mucho y las hojas se están soltando. O yo, sin querer, la he manchado con lápiz de labios. O me parece simplemente que ya es hora de poner en circulación las nuevas libretas que son más bonitas. En resumen, se le entrega una libreta nueva en la cual figura únicamente el total. Luego le digo: «Esto es lo que quería, ¿no es cierto?». Y por la forma en que lo diré, parecerá como si la libreta vieja estuviera *contaminada*. Y entonces, ante sus ojos, como si fuera lo que hacemos normalmente, la rompo y la tiro en el cesto de los papeles.

—¿Y si llega a quererla?

—La pongo en la perforadora y se la doy. Pero ya me arreglaré para que los orificios coincidan con el sitio en que están las anotaciones, de modo que resulte imposible para él, para un inspector o para quien sea, leer esas cifras. La agujerearé cinco o seis veces, y la dejaré con más agujeros que el queso gruyère.

—Y mientras usted hace los orificios en los lugares convenientes, el hombre la mirará desde el otro lado de la ventanilla, y se preguntará qué clase de prestidigitación está haciendo.

—¡Oh, no! No tardaré más de unos segundos. Le advierto que estuve practicando. Puedo hacerlo en un abrir y cerrar de ojos. Pero lo más fácil es que no quiera la libreta. Créame; le digo que sabré arreglarme.

Había en sus palabras un leve tono de súplica. Tuve que pensarlo durante un tiempo, y llegué a la conclusión de que en cuanto a ella concernía, si no había más que eso, podía salir bien. Pero entonces me asaltó una nueva duda.

—¿Cuántas son en total las cuentas adulteradas?

—Cuarenta y siete.

—¿Cómo se las arreglará para conseguir tantas libretas?

—Ha llegado la época en que debe acreditárseles el interés. Se me ha ocurrido mandar unas pequeñas notas, firmarlas con mi nombre para estar segura de que vengan a mí, y pedirles que traigan sus libretas para acreditar los intereses. No sé de nadie que no quiera traer la suya, aunque sea para anotar un dólar con veintidós centavos. Y una nota impresa parece natural y aleja sospechas, ¿no es verdad?

—Sí, una nota impresa es quizá lo más inofensivo, lo más natural y libre de sospechas que existe. Pero esto es lo que yo pienso: usted manda las notas, y en dos días llegan todas las libretas; pero no puede retenerlas indefinidamente. Tiene que devolverlas o entregar las nuevas, y no faltará quien abra los ojos. Esto significa que todo el dinero vuelve a entrar en el banco de una sola vez. El efectivo de su caja aumentará considerablemente. Ya que eso aparecerá en los arqueos, todos los del

banco querrán saber el motivo.

—He pensado en eso. No necesito mandar todas las notas de una vez. Puedo enviar cuatro o cinco por día; y luego, aunque vengan todas juntas, me refiero a las libretas, no habrá inconveniente en entregar las nuevas a medida que llegan las viejas; pero las correcciones en las tarjetas y en el efectivo de la caja se harán poco a poco, a razón de trescientos o cuatrocientos dólares por día. No es mucho.

—Sí; pero mientras tanto estamos completamente indefensos. Viviremos sobre ascuas, y no habrá protección posible. Quiero decir que mientras usted arregla los saldos en el banco, para ordenarlos gradualmente, el efectivo de su caja no concordará con las libretas. Si entonces ocurre algo, si me veo obligado a pedir revisión de fondos en el acto, o si me llaman a la oficina central por uno o dos días, o si usted no puede ir al trabajo, todo fracasará. Quizá pueda hacer la operación. Pero todo deberá quedar listo y terminado antes de la próxima revisión de su caja. Faltan veintiún días. Y no hay duda de que un aumento de trescientos o cuatrocientos dólares diarios en sus entradas parecerá muy raro en el banco.

—Lo disimularé con una explicación. Tal vez pueda decir que estoy haciendo una campaña entre los clientes para que aumenten sus depósitos, como siempre hizo Charles. No creo que haya ningún peligro. Estará todo el dinero.

Así procedimos. Mandó imprimir los formularios, y los franqueó a razón de tres o cuatro por vez. Para las reposiciones en efectivo de los primeros días yo tenía bastante dinero en mi cuenta corriente. Para lo demás tuve que recurrir a una hipoteca sobre mi casa. Para esto, me dirigí al Banco Federal. Tardó más o menos una semana, pero necesitaba abrir cuenta afuera, para que ninguno de los del banco adivinara lo que me traía entre manos. Saqué ocho mil dólares, y si creen que esto no me afectó es porque ustedes nunca han hipotecado una casa. Por supuesto, teníamos que confiar en la suerte de que cuando vinieran las libretas y ella hubiera salido a comer, estuviese yo atendiendo la ventanilla. Tomé la libreta y di un recibo; pero la señorita Church se encontraba a casi un metro de distancia, sumando una columna de cifras con la máquina. Una vez, advertí que oyó lo que le decía yo al cliente y sin saber cómo la tuve en el acto a mi lado.

—Yo puedo hacerlo, señor Bennett. Sólo tardaré un minuto, y así el hombre no necesita dejar la libreta.

—Prefiero que se ocupe la señora Brent.

—¡Oh! Está bien, entonces.

Se alejó enfurruñada, y pude advertir que el sudor me corría por las palmas de las manos. Aquella noche puse sobre aviso a Sheila.

—Esa Church puede echarnos a perder el asunto.

—¿Cómo?

—Con su maldito deseo de quedar bien. Hoy se ha entrometido; ha querido sacar

el saldo de una libreta. He tenido que ahuyentarla.

—Deje que me ocupe de ella.

—Por amor de Dios, que no sospeche nada.

—Esté tranquilo, que no sospechará.

Desde entonces, convertimos el asunto en una práctica habitual. Obtenía tres o cuatro libretas, y pedía a los clientes que las dejaran hasta el día siguiente. Sheila hacía tarjetas nuevas y me indicaba el importe exacto que necesitaba cada noche. Yo le entregaba la cantidad en efectivo. Al día siguiente ponía el dinero en su caja, hacía nuevas tarjetas para las cuentas, las colocaba en el fichero, y luego preparaba libretas nuevas para entregarlas a los clientes cuando pasaran a buscarlas. Día a día nos acercábamos a la meta, y pedíamos ambos al cielo que nada fuera descubierto hasta que hubiéramos hecho todas las reposiciones. Casi siempre restituíamos unos cuatrocientos dólares, sólo una o dos veces un poco más.

Una noche, sería una semana después que empezamos a reintegrar el dinero, se realizaba el gran banquete y baile de toda la organización. Calculo que habría un millar de personas congregadas en el principal salón de fiestas de uno de los hoteles de Los Ángeles, y fue una reunión bastante hermosa. No le dan carácter muy alegre, porque al jefe no le gustan esas cosas. Es una especie de tertulia familiar, en la cual pronuncia un discurso breve. Luego empieza el baile y se queda él a mirar cómo disfrutaban los demás. Supongo que han oído hablar ustedes de A. R. Ferguson. Es fundador del banco, y basta mirarle para darse cuenta de que se trata de una persona importante. No es alto, pero es erguido y corpulento, y tiene un pequeño bigote blanco que le da un aire de militar.

Por supuesto, todos debíamos concurrir. Ocupé un lugar en la mesa con los demás de la sucursal: la señorita Church, Helm, Snelling, la esposa de Snelling y Sheila. Me preocupé especialmente de no estar junto a Sheila. Tuve miedo. Después del banquete, cuando comenzó el baile, me acerqué al jefe para darle la mano. Siempre me ha tratado bien, exactamente como trata a todos los demás. Tiene esa natural cortesía de que parecen carecer por completo los hombres sin importancia. Me preguntó cómo me encontraba. Y después dijo:

—¿Cuánto tiempo más espera quedarse allí, en Glendale? ¿Le falta poco para terminar?

Sentí un frío glacial recorrer todo mi cuerpo. Si me alejaba de Glendale y volvía a mandarme a la casa central se desplomaban todas las perspectivas de ocultar la falta, y sólo Dios sabe lo que descubrirían al estar cubierta sólo la mitad del dinero.

—Quisiera decirle, señor Ferguson, que, si usted no tiene inconveniente, me gustaría quedarme allí hasta principios de mes.

—¿Tanto tiempo?

—Es que he encontrado algunas cosas que a mi juicio son dignas de un estudio consciente. En realidad, he pensado escribir un artículo periodístico, aparte del informe. Se me ha ocurrido mandarlo a *El banquero norteamericano*, y si dispusiera de un poco más de tiempo...

—Siendo así, tómese todo el tiempo que necesite.

—Pensé que no causaría inconveniente ninguno.

—Ojalá escribiesen otros de nuestros jefes.

—Nos daría un poco de prestigio.

—Y les obligaría a pensar.

Fui espontáneo. Las palabras surgieron sin que en ningún momento supiera lo que iba a decir. No había pensado en ningún artículo hasta aquel instante y dejo que ustedes piensen por su cuenta lo que experimenté. Me sentí como un arenque ahumado, empeorada esta sensación por la forma cortés en que me trataba. Seguimos allí unos minutos, y él me contó que pensaba salir para Honolulu al día siguiente, pero que volvería dentro del mes y tendría mucho interés en leer a su regreso lo que yo escribiera. Luego señaló hacia la pista de baile y me preguntó:

—¿Quién es la muchacha de azul?

—La señora Brent.

—Es verdad. Quisiera hablar con ella.

Zigzagueando entre las parejas llegamos al sitio en que Sheila bailaba con Helm. Se detuvieron, y presenté al jefe. Éste preguntó cómo seguía Brent después de la operación; pero en seguida nos interrumpió Helm, quien se llevó a Sheila a bailar. Estaba de mal humor cuando algo más tarde me reuní con ella afuera y la acompañé a su casa. Entonces ya habíamos empezado a tutearnos.

—¿Qué te pasa, Dave?

—Que me ha costado mucho trabajo mirar al jefe a los ojos, nada más.

—¿Te remuerde la conciencia?

—Siento el esfuerzo.

—Si te remuerde la conciencia y quieres deshacer el trato, no tengo nada que decir. Absolutamente nada.

—Sólo puedo asegurarte que estaré muy contento cuando hayamos salido de este lío y no vea fantasmas tan grandes en el banco y en nuestras vidas.

—Dentro de dos semanas habrá concluido todo.

—¿Cómo sigue?

—Dejará el hospital el sábado.

—Estupendo.

—Pero no vuelve a casa todavía. El médico insiste en que se marche a Arrowhead para recuperar fuerzas. Allí tiene parientes y se quedará tres o cuatro semanas.

—¿Qué le has dicho a todo esto?

—Nada.

—¿Absolutamente nada?

—Ni una palabra.

—Dijiste que tenía úlcera.

—Así es.

—En una revista de medicina estuve viendo el otro día cuál es la causa. ¿Lo sabes?

—No.

—Las preocupaciones.

—¿En serio?

—Sí. Podría ayudarle en su convalecencia el saber que todo lo relativo a la falta de dinero está arreglado. Pasarse los días en un lecho de hospital, con esa pesadilla encima, quizá no sea muy bueno para la salud.

—¿Qué tengo que decirle?

—En realidad, no lo sé. Dile que tú lo has arreglado.

—Si le cuento que he puesto en orden las anotaciones de modo que nadie se entere, en el acto sabrá que tengo ayuda dentro del banco. Eso le aterrará, y quién sabe lo que será capaz de hacer. Y si habla con alguien, todo se descubrirá. ¿Y le diré que eres tú quien me ha facilitado el dinero para reponerlo?

—¿Es necesario que se lo digas?

—No. No es necesario decirle nada, y es lo que pienso hacer. Cuanto menos te veas comprometido, mejor. Si tiene preocupaciones, a estas horas debe de estar acostumbrado. A ese hombre no puede hacerle mal un poco de sufrimiento, después de todo lo que nos ha hecho sufrir a ti... y a mí.

—Es cosa tuya.

—Sabe perfectamente que hay algo de por medio; pero ignora qué es. Mi mayor placer será ver la cara que pone cuando le diga que me voy a... ¿adónde dijiste?

—Dije a Reno.

—¿Sigues insistiendo en ir a Reno?

—Por lo general, no cambio de idea una vez que he decidido algo.

—Puedes hacerlo, si quieres.

—Cállate.

—Aunque yo no lo deseo.

—Ni yo tampoco.

Capítulo VI

Seguimos reintegrando dinero, y cada día que pasaba mi nerviosismo iba en aumento. Me preocupaba la idea de que sucediera algo, de que quizá el jefe hubiera dejado una nota sobre mí antes de alejarse, y que me ordenaran volver a la casa central; de que tal vez Sheila se pusiese enferma y otro tuviera que hacer su trabajo, o de que a alguno de los clientes le pareciera rara la nota recibida, y le diera por hacer preguntas en otra parte del banco.

Un día Sheila me rogó que la llevase desde el banco a su casa. Por aquel entonces estaba tan nervioso que durante el día no la acompañaba a ningún sitio, y ni siquiera de noche me reunía con ella en ningún lugar donde pudieran vernos. Pero me dijo que una de las niñas estaba enferma, y que quería que utilizase el coche por si tenía que llevar de la farmacia alguna receta; además, la única persona que habría en la casa era la doncella, y ésta no importaba. Brent se había ido al lago para recuperar fuerzas, y tenía toda la casa para ella sola.

No me negué. Era la primera vez que iba a su casa; la encontré bien arreglada, con su mismo perfume, y las niñas formaban la pareja más encantadora que es posible imaginar. La mayor se llamaba Anna, y la menor Charlotte. Ésta era la enferma. Estaba resfriada, y aceptaba su enfermedad con la misma resignación que un soldadito. En otras circunstancias me habría impresionado cómo la criatura dominaba a Sheila y cómo ésta aceptaba las órdenes como si fuera lo más natural. Pero en aquel momento ni siquiera pude quedarme mucho tiempo. Cuando descubrí que no hacía falta, desaparecí del lugar y me fui a casa a borrar más cuartillas con el artículo simulado que estaba comprometido a entregar al jefe cuando volviera. Se titulaba: «Formación de una sección sólida de caja de ahorros».

Llegó el día anterior al arqueo mensual de caja. Necesitábamos hacer entrar seiscientos dólares, además de los ingresos regulares del día. Era mucho, pero como era un miércoles, día en que las fábricas de la vecindad pagaban los sueldos y jornales, los depósitos debían necesariamente ser abundantes, y teníamos grandes perspectivas de salir airosos. Habíamos recibido todas las libretas. Fue necesario ejercer presión para conseguir las tres últimas que nos hacían falta, y ella misma tuvo que ir a las casas de los clientes la noche anterior, como siempre había hecho Brent, y preguntarles dónde habían estado y por qué no depositaban nada en la cuenta de ahorros. Después de estar con ellos unos minutos, encontró la manera de conseguir las libretas, y yo la conduje luego a mi casa, donde lo cotejamos todo. Le di después el dinero que necesitaba, y parecía que todo había llegado a su fin.

Pero aún me quedaba por saber lo que había hecho Sheila, es decir, si todo había resultado como lo habíamos calculado. No pude observarla ni cambiar con ella una sola palabra. Durante el día entero hubo una fila de cuatro o cinco personas en su

ventanilla, y no salió a comer; pidió que le mandaran bocadillos y leche. El miércoles me enviaron otros dos empleados de ventanilla de la casa central, y cada vez que uno de ellos se le acercaba para prestarle alguna ayuda y ella tenía que dejar la ventanilla un minuto, sentía el sudor en mis manos y olvidaba el sentido de lo que estaba haciendo. Tenía la impresión de que el día no terminaba nunca.

Sin embargo, a eso de las dos y media disminuyó el trabajo, y a las tres menos cinco no había nadie. A las tres en punto, Adler, el ordenanza, cerró la puerta. Nos dedicamos a terminar la tarea. Los dos nuevos empleados de ventanilla acabaron antes, porque todo lo que tuvieron que hacer fue el balance de los depósitos de un solo día, y a eso de las tres y media presentaron las hojas, me pidieron que les revisara los totales y se fueron. Me quedé sentado en mi escritorio, contemplando papeles, esforzándome por no salir de la rutina y no dejar traslucir mi inquietud.

A eso de las cuatro menos cuarto golpearon el cristal; pero no levanté la vista. Nunca falta un cliente de última hora que quiere entrar, y si uno mira, está perdido. Continué mi trabajo sin apartar la mirada de los papeles; pero oí que alguien abría la puerta y, ¿quién se imaginan ustedes que era, sino el mismo Brent, con una estúpida sonrisa en los labios, una cartera en las manos y muy bronceado? Le saludaron a coro, y todos, excepto Sheila, fueron a darle la mano, y le preguntaron cómo se encontraba y cuándo pensaba volver al trabajo. Contestó que había vuelto la noche anterior y que regresaría al banco en cualquier momento. No tuve más remedio que estrecharle la mano yo también, aunque me rechinaban los dientes, pero no le pregunté cuándo volvería a trabajar.

Explicó después que había venido a buscar algunas de sus cosas, y cuando se encaminó a los armarios que están en el vestuario le dijo algunas palabras a Sheila, quien contestó sin levantar la vista. Los demás volvieron al trabajo.

—Parece que está bien, ¿no es cierto?

—Muy distinto de cuando se fue.

—Debe de haber aumentado unos diez kilos.

—Yo diría que lo han hecho nuevo.

Muy pronto regresó, con los puños cerrados, y después de cambiar algunas otras palabras con sus compañeros, se fue. Todos hicieron el recuento de su efectivo, entregaron las hojas, y pusieron su dinero en la caja fuerte. Helm arrastró los carritos con sus correspondientes ficheros, los guardó en la bóveda y se marchó. Snelling puso en marcha el mecanismo de relojería que acciona la cerradura.

Entonces la señorita Church comenzó de nuevo con sus zalamerías. Era la mujer menos simpática que jamás he visto. Gorda, casi redonda, tenía una manera de hablar tal, que siempre parecía estar pronunciando un discurso. Se la hubiera podido confundir con un especialista en dietética demostrando las ventajas de cierto modelo de cocina económica, en el sótano de una tienda grande. Se dedicó a alabar una nueva

y maravillosa máquina de sumar que acababa de aparecer en venta, y quiso obligarme a reconocer que necesitábamos una. Le dije que me parecía bien, pero que tenía que pensarlo. Volvió a la carga una vez más, y cuando por fin empezaba a serenarse, lanzó un grito y señaló el suelo. Allí abajo había uno de los más asquerosos insectos que es posible ver en esta vida. Era una de esas enormes arañas que suelen encontrarse en California, más o menos del tamaño de una tarántula y casi igual de peligrosa. Tendría unos ocho centímetros de largo y avanzaba en dirección a mí con paso torpe, pero avanzando de todos modos. Levanté un pie para pisarla y entonces ella lanzó otro grito, y dijo que si la pisaba podría sobrevenir su muerte. En aquel momento todos me rodeaban: Snelling, Sheila y Adler. Snelling aconsejó buscar un pedazo de papel y tirarla a la calle; Sheila asintió y dijo que por amor a Dios hiciéramos algo pronto. Adler tomó de mi escritorio un papel, lo envolvió en forma de embudo, y luego, con ayuda de un lápiz metió la araña en él. Cerró el embudo y todos salimos para ver cómo la tiraba a la calle. Vino luego un vigilante nos pidió prestado el embudo, puso de nuevo en él al insecto y dijo que pensaba llevarlo a su casa, para que su mujer lo fotografiara.

Regresamos al banco y entre Snelling y yo cerramos la bóveda; luego Snelling se fue. La señorita Church también se fue. Adler recorrió por última vez el local, antes de cerrar. De este modo, quedamos a solas Sheila y yo. Me aproximé a ella cerca de los armarios, donde estaba poniéndose el sombrero, de cara al espejo.

—¿Y?

—Todo ha acabado.

—¿Has repuesto todo el dinero?

—Hasta el último centavo.

—¿Están en orden todas las fichas?

—No fallan ni en una fracción decimal.

Por todo esto había orado durante el último mes y, sin embargo, apenas conseguido mi intento, tardé menos de medio segundo en ponerme de mal humor por culpa de Brent.

—¿Te lleva a casa en el coche?

—Si ésa es su intención, no me lo ha dicho.

—Convendría que me esperaras en el coche, porque quiero hablarte de algunas cosas. Está enfrente.

Salió, y después que Adler se hubo cambiado de ropa entre él y yo cerramos todo, y yo me encaminé al automóvil. No me dirigí directamente a la casa de Sheila, sino a la mía; pero no esperé a llegar para hablar.

—¿Por qué no me dijiste que había vuelto?

—¿Te interesaba?

—Sí, mucho.

—Bueno, ya que hablas de eso, ignoraba su regreso... hasta el momento de separarme de ti anoche. Lo encontré esperándome cuando penetré en casa. Hoy no he tenido ni un minuto para hablar contigo, ni con nadie.

—Creí que pasaría un mes afuera.

—Lo mismo creía yo.

—¿Para qué ha vuelto?

—No tengo la menor idea. Tal vez quiera averiguar lo que le espera. Ten en cuenta que mañana debes revisarme la caja y él lo sabe. Puede ser ésa la razón de que haya acortado la convalecencia.

—¿Puedo creer que no estabas citada con él, ahora que se siente mejor? ¿Que no te esperaba después de despedirte de mí?

—Me quedé con las niñas, si eso es lo que quieres saber.

Ignoro si la creí o no. Me parece que ya les he contado que estaba loco por ella, y todo lo que me había costado y los trastornos causados parecían únicamente empeorar las cosas. La idea de que hubiera pasado una noche con él en la misma casa, sin decirme una sola palabra, provocó en mí un escozor que me recorrió todo el cuerpo. Desde que empecé a entrevistarme con ella, era la primera vez que surgía esa cuestión. El hombre estuvo en el hospital y desde allí se encaminó al lago; vale decir que hasta aquel momento careció de existencia real. Pero de pronto se convertía en un ser verdadero, completamente verdadero, y yo seguía furioso cuando llegamos a la casa y entramos. Sam encendió el fuego y Sheila se sentó, pero yo permanecí de pie. Recorrí la habitación en todos los sentidos, y ella fumaba y me observaba.

—No hay más remedio que contarle las cosas a ese hombre.

—Se le contarán.

—Pero *todo*.

—Sí, Dave, se le contará todo absolutamente, y algunas otras cosas que tú ignoras que tendrá que oír... cuando yo esté en condiciones de decírselas.

—¿Por qué no ahora?

—No me siento capaz.

—¿Qué sucede? ¿Te falta coraje?

—¿Quieres sentarte un momento?

—Está bien; ya estoy sentado.

—Aquí... a mi lado.

Me acerqué a ella, me cogió una mano y me miró a los ojos.

—Dave, ¿no olvidas algo?

—Que yo sepa, no.

—Creo que sí... Te has olvidado de que hoy hemos acabado la tarea. Que, gracias a ti, no tendré que pasarme despierta las noches, preguntándome si mi padre o mis hijas quedarán arruinados... y esto sin pensar en mí. Te has arriesgado tanto que me

da miedo suponer lo que habría ocurrido si algo hubiera salido mal. Se habría estropeado tu carrera, tan hermosa y llena de promesas. Pero no has hecho mal, Dave. Has hecho un bien maravilloso. Te has comportado con más decencia que cualquier otro hombre. Y ahora ha acabado. No hay una sola tarjeta en que falte una coma, ni un solo centavo que no deba aparecer... y puedo dormir tranquila, Dave. Eso es todo lo que me interesa hoy.

—Muy bien; pero entonces te separas de él.

—Claro que sí, sólo que...

—Y te separas de él esta noche. Vienes aquí con tus dos hijas, y si tienes algún cargo de conciencia, me mudaré yo. Vamos a tu casa ahora mismo, y...

—No podemos hacer semejante cosa.

—Yo te digo...

—¡Deja que te diga yo también! ¿Crees que soy capaz de presentarme allí ahora y provocar una pelea que podría durar hasta las tres de la madrugada, quizás hasta el amanecer? ¿Que daría motivo a que todo el mundo hablara y comentara, desde la forma horrible en que, según él, le habría tratado, hasta el sitio donde llevara a mis hijas, sintiéndome como me siento ahora mismo? No, por supuesto que no. Cuando llegue el momento, cuando sepa exactamente lo que tengo que decir, cuando haya puesto a mis hijas a buen recaudo en casa de mi padre, cuando tenga todo previsto y sea capaz de afrontarlo todo en media hora de horror... lo haré. Mientras tanto, si se muerde las uñas de nerviosismo, si se muere de miedo por ignorar lo que puede suceder... a mí me tiene totalmente sin cuidado. Un poco de preocupación no le hará mal. Cuando todo esté listo, iré a Reno, si aún me quieres, y entonces seguiré mi vida... ¿No entiendes lo que quiero decirte, Dave? Lo que te preocupaba hace un momento no puede suceder. ¡Bah! Si ni siquiera me ha mirado de ese modo en más de un año. Dave, esta noche quiero ser feliz contigo. Nada más.

Me sentí avergonzado al oírla y la abracé; y aquella extraña sensación se apoderó nuevamente de mi garganta cuando suspiró como un niño y se reclinó cerrando los ojos.

—¡Sheila!

—Sí.

—Vamos a celebrarlo.

—Perfectamente.

Lo celebramos. Telefoneó a la doncella, para avisarle que llegaría tarde, y nos fuimos a cenar a un restaurante del centro; nos dirigimos luego a un club nocturno de Sunset Boulevard. No hablamos de Brent, ni de la falta de fondos, ni de nada que no fuese de nosotros mismos y de lo que pensábamos hacer juntos en la vida. No nos separamos hasta la una de la madrugada. No cruzó por mi mente el recuerdo de Brent hasta que estuvimos cerca de su casa, y entonces sentí de nuevo aquel mismo escozor

de antes. Si ella advirtió algo, por lo menos no me lo dijo. Me besó cuando nos despedimos, y se encaminó hacia su casa.

Capítulo VII

Entre en casa, guardé el coche, cerré el garaje y volví a salir para entrar por la puerta principal. Cuando ya estaba cerca, oí pronunciar mi nombre. Advertí que un bulto se levantaba de un banco bajo los árboles y se aproximaba. Era Helm.

—Lamento molestarle a estas horas de la noche, señor Bennett, pero necesito hablarle.

—Bien, entre.

Parecía nervioso cuando le conduje al interior. Le ofrecí una copa, pero dijo que no quería beber nada. Se sentó y encendió un cigarrillo, y parecía no saber cómo empezar. Luego dijo:

—¿Ha visto a Sheila?

—¿Por qué lo pregunta?

—Lo vi salir en el coche con ella.

—Sí, tenía que hablarle de un asunto. Hemos cenado juntos. La dejé hace un momento.

—¿Ha visto a Brent?

—No; era tarde. No he entrado.

—¿Le ha hablado Sheila de él?

—Me parece que sí. Alguna que otra vez. ¿Qué es lo que sucede?

—¿Le ha visto salir del banco hoy?

—Se ha retirado antes que usted.

—¿Lo ha visto salir la segunda vez?

—Sólo ha entrado una vez.

Siguió contemplándome y fumando al mismo tiempo. Era un hombre joven, que aparentaba veinticuatro o veinticinco años, y sólo hacía dos que trabajaba con nosotros. Poco a poco fue dominando el nerviosismo mientras me hablaba.

—Ha entrado dos veces.

—Le digo que ha entrado sólo una vez. Llamó a la puerta, Adler le dejó pasar, se quedó conversando unos minutos y después fue a buscar algunas cosas de su armario. Luego salió. Usted estaba allí. Con excepción de los dos nuevos empleados de ventanilla, nadie había terminado el trabajo... Debe de haber salido quince minutos antes que usted.

—Tiene razón. Después salí yo. Terminé mi trabajo, guardé la caja, y me retiré. Fui allí cerca a tomar leche malteada, y yo estaba sentado en el establecimiento cuando le vi entrar.

—No es posible. Habíamos cerrado, y...

—Usó una llave.

—¿A qué hora?

—Poco después de las cuatro. Unos minutos antes de que ustedes descubrieran la araña y la tiraran a la calle.

—¿Y?

—No le vi salir.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Porque no le encontré; he estado buscándole desde entonces.

—Usted me ha visto salir con Sheila.

—Sí, pero no se me ocurrió en ese momento. El vigilante, después de recoger la araña, entró en el establecimiento donde yo estaba a comprar película para su cámara. Le ayudé a poner la araña en un vasito de helado, hice agujeros en la tapa, y entretanto no miré hacia el banco para nada. Más tarde me acordé de pronto que les había visto salir del banco a todos ustedes, pero no a Brent. Quise olvidarme, pensando que de tanto manejar dinero tendría los nervios alterados; pero de pronto...

—Sí. ¿Qué más?

—Esta noche he ido a ver una película con Snelling y su esposa.

—¿Y Snelling no le vio salir?

—No le dije nada; ignoro lo que pudo ver. Pero la película era de asunto mejicano y más tarde, cuando fui al departamento de Snelling, se suscitó entre él y yo una discusión y le induje a que llamara a Charles para dirimirla, pues Brent ha pasado mucho tiempo en México. Eran más o menos las doce de la noche.

—¿Y qué más?

—Contestó la doncella. Charles no estaba.

Nos miramos, y ambos comprendimos que las doce de la noche no era hora apropiada para que estuviera fuera de casa un hombre que acababa de sufrir semejante operación.

—Vamos.

—¿Piensa llamar a Sheila?

—Iremos al banco.

El sereno tenía que aparecer a la hora exacta y nos reunimos con él en el momento que hacía su recorrido de las dos. Consideró un insulto el hecho de que pensáramos que había alguien en el banco sin que él lo supiera; pero de todos modos le obligué a que nos dejara entrar y recorrimos todos los rincones. Subimos al sitio en que se guardan las anotaciones antiguas y miramos detrás de todos los pilares; bajamos al sótano y miramos en el horno de gas; nos fijamos en todas las ventanas y yo busqué debajo de los mostradores. Incluso miré atrás y debajo de mi escritorio, y parecía que no quedaba nada por ver. El sereno subió, perforó la tarjeta y volvió a salir a la calle. Helm se acariciaba el mentón.

—Bueno, parece una falsa alarma.

—En efecto.

- Lo siento mucho.
- Está bien. Pase un informe de todo.
- Supongo que no hace falta llamar a Sheila.
- Temo que sea demasiado tarde.

Quiso decir realmente que deberíamos llamar a Sheila, pero deseaba que lo hiciese yo. Por su manera de actuar deduje que sospechaba hasta de su propia sombra, y que además estaba convencido de que éramos un par de tontos. Entramos en el automóvil, llevé a Helm a su casa y una vez más musitó algo acerca de Sheila; pero yo había decidido no escucharle. Cuando le dejé, me encaminé hacia mi casa, y en cuanto estuve seguro de que no podía verme, di una vuelta y me dirigí a Mountain Drive.

Había una luz encendida, y la puerta se abrió apenas puse los pies en la entrada. Sheila estaba vestida todavía, y hubiérase dicho que me esperaba. La seguí al salón, y habló en voz baja para que nadie pudiera oírnos, pero no perdí tiempo en arrumacos o besos.

- ¿Dónde está Brent?
- En la bóveda del banco.

Su voz era un murmullo, y se desplomó en una silla sin mirarme; todas aquellas dudas que había tenido en un principio, toda aquella sensación de que me estaba tomando el pelo, volvieron a mí; temblé al mirarla. Tuve que pasarme la lengua por los labios varias veces antes de poder hablar.

- Es raro que no me hayas avisado.
- No lo sabía.

—¿Dices que no lo sabías? Si lo sabes ahora, ¿podías ignorarlo entonces? ¿Quieres hacerme creer que salió de allí unos minutos, se apoderó de mi teléfono y te llamó? Aquel sitio es igual que una tumba, hasta que se abra mañana a las ocho y media.

- ¿Has terminado?
- Todavía te pregunto por qué no me lo dijiste.

—Cuando volví y me di cuenta de que no estaba en casa, salí a buscarle, o, por lo menos, a buscar el automóvil. Recorrí los sitios donde generalmente lo aparca. Al volver aquí tuve que pasar por el banco, y en ese momento la luz roja parpadeó una vez.

Quizá no sepan ustedes cómo funciona una bóveda de banco. Adentro hay dos llaves, una que enciende la luz de la parte superior y que se gira cuando alguien quiere entrar en su caja de valores, la otra que enciende esa luz roja que está siempre sobre la puerta durante el día. Ésta es la señal de peligro, y todos los empleados del banco se fijan siempre en ella para ver si está encendida cuando quieren entrar.

Cuando está cerrada la bóveda, esa luz queda pagada, y la había apagado yo mismo al cerrar la bóveda con Snelling. De noche, se levantan en el banco todas las puertas metálicas, para que los policías, el sereno y los transeúntes puedan ver el interior. Si la luz roja estaba encendida, se hubiera advertido; pero yo dudaba de que ella la hubiera visto. Ni siquiera me sentí dispuesto a creer que hubiera rondado por el banco.

—¿De modo que guiñó la luz roja? Es curioso que no lo haya hecho cuando yo he estado allí no hace ni diez minutos.

—He dicho que guiñó una sola vez; no creo que haya sido una señal. Supongo que habrá tocado la llave con el hombro por casualidad. De haber estado haciendo señales, los parpadeos habrían seguido, ¿no te parece?

—¿Cómo ha entrado?

—No lo sé.

—Creo que lo sabes.

—No lo sé; pero lo único que se me ocurre es que pudo entrar mientras todos estábamos agrupados en torno a la araña.

—Que tú trajiste a propósito.

—O que trajo él.

—¿Qué está haciendo allí, adentro?

—Lo ignoro.

—Vamos, vamos; deja de exasperarme.

Se levantó y comenzó a caminar.

—Dave, es fácil comprender que pienses yo estoy enterada de todo, que sé más de lo que te confieso, que Charles y yo tenemos una especie de complicidad. Nada puedo decir. Sé muchas cosas que diría si no estuviera...

Se detuvo, reanimándose como un tigre acosado, y golpeó con los puños la pared.

—... comprada. Eso es lo malo que hemos hecho. Hubiera tenido que destrozarme el corazón, sufrir cuanto fuera necesario, antes de permitir que me dieras el dinero. ¿Por qué se me ocurrió aceptarlo? ¿Por qué no te dije que...?

—¿Por qué no hiciste lo que te pedí que hicieras? ¿Presentarte hoy aquí y decírselo todo, sin preámbulos... toda la verdad, incluso que habías acabado con él, y que no le quedaba nada que hacer contigo?

—Porque —Dios me perdone— quise ser dichosa.

—No... porque —y que Dios te perdone el mal— sabías que no estaba aquí: sabías que se encontraba en la bóveda y tenías miedo de que yo lo descubriera.

—¡No es verdad! ¿Cómo puedes decir eso?

—¿Sabes lo que pienso? Que tú aceptaste de mí el dinero, día tras día, y que ni un solo penique ha vuelto a la caja. Y pienso además que entre tú y él habéis decidido simular un pequeño atraco para encubrir la falta de fondos, y eso es lo que él está

haciendo en la bóveda. Y si Helm no se hubiera dado cuenta, si no hubiera advertido que Brent no salió del banco la segunda vez que entró, no veo nada que te hubiera impedido triunfar. Sabías que yo no me atrevería a decir una sola palabra acerca del dinero devuelto. Si salía de allí enmascarado y lograba huir con rapidez, nadie creería que había sido él, si Helm no lo hubiera visto. Ahora el pastel está a la vista. Muy bien, señora Brent; lo dejaremos dentro de esa bóveda que no transmite ni recibe mensajes hasta las ocho y media, y que es una trampa en ambos sentidos. Si él no puede comunicarte ninguna señal, tampoco podrás hacerlo tú. Dejaremos que haga ese pequeño juego que tan hermoso pareció ayer por la tarde; la sorpresa que recibiréis, tanto él como tú, será de las que no se olvidan muy fácilmente. Cuando salga se encontrará ana comisión dispuesta a darle la bienvenida, y es posible que también se entiendan contigo.

Mientras yo hablaba no dejaba de mirarme, y sus ojos, al reflejar la luz, parecían despedir fuego; tenían algo de felino y brillaban como los de un animal agazapado en la selva. Pero de pronto cambió y se acurrucó frente, a mí, en el sofá y lloró, con raros y entrecortados sollozos. Me aborrecí por lo que había dicho, y tuve que clavarme las uñas en las palmas de las manos para no llorar yo también.

Al cabo de un rato sonó el teléfono. Por lo que dijo, pensé que se trataba de su padre, que le decía que durante toda la tarde y las horas transcurridas de la noche había intentado hablar con ella. Escuchó rato largo y, después de colgar, se echó hacia atrás y cerró los ojos.

—Ha ido a devolver el dinero.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Lo ha conseguido esta mañana; es decir, ayer por la mañana. De mi padre.

—¿Y tu padre tenía toda esa suma... en su poder?

—La obtuvo después que yo le hablé aquella noche. Luego, cuando le dije que no la necesitaría, la guardó en su caja fuerte... por si acaso. Charles fue ayer y le dijo que la necesitaba... en previsión del arqueo de mi caja. Papá fue con él al Banco Westwood, sacó el dinero y se lo entregó. Tuvo miedo de llamarme al banco, e hizo lo increíble por comunicarse conmigo. La criada dejó una nota, pero como era tan tarde cuando llegué, no quise llamarle. De modo, pues, que ahora pago por no habérselo dicho —me refiero a Charles—, por haber dejado que se preocupara.

—Puedes recordar que yo insistí en que le hablaras.

—Sí, lo recuerdo.

Pasó un buen rato antes de que ninguno de nosotros dijera algo. Durante este tiempo mi cabeza dio más vueltas que un tiovivo, procurando reconstruir lo que sucedía en la bóveda. Lo mismo debió hacer ella, pues al cabo de un rato me dijo:

—¿Dave?

—Sí.

—¿Y si realmente vuelve a dejar allí el dinero?

—Entonces... estamos perdidos.

—¿Qué es lo que ocurrirá?

—Si le encuentro allí, lo menos que puedo hacer es retenerle hasta que hayamos revisado todo el dinero de la bóveda, céntimo por céntimo. Imagínate que tropiece con nueve mil dólares más de lo que figura en los libros. Muy bien. ¿Qué pasa, entonces?

—¿Quieres decir que todo saldría a luz?

—Sobre lo que nosotros hemos hecho, todas las perspectivas de pasar inadvertidos dependen de que nadie tenga la menor sospecha. Pero si ocurre semejante cosa, se ponen realmente a revisar, todo quedará descubierto con tanta rapidez que sólo de pensarlo me dan mareos.

—¿Y perderías tu puesto?

—Ponte en el lugar de la central. ¿Te gustaría?

—Sólo te he acarreado desgracias, Dave.

—Yo me las he buscado.

—Entiendo perfectamente que te sientas amargado.

—No he querido decir eso.

—Dave...

—¿Qué?

—Queda una salida, si la aceptas.

—¿Cuál?

—Charles.

—No te entiendo.

—Después de todo, puede ser una suerte, que no le haya dicho nada. No puede tener ninguna seguridad sobre lo que he hecho yo mientras ha estado ausente: si he seguido con sus anotaciones falsas o si las he corregido, permitiendo que el dinero siguiera faltando; y parece lógico que revisara las anotaciones antes de hacer nada. Tratándose de libros de contabilidad, como tú bien sabes, es todo un artista. Y allí dentro tiene todas las anotaciones que necesita. ¿Adivinas adónde quiero llegar?

—No del todo.

—Tendrás que seguirle el juego y cederle la iniciativa.

—No quiero tener nada que ver con él.

—Mi mayor placer sería retorcerle el pescuezo. Pero no fuerces las cosas, y si te limitas a obrar con naturalidad, si me das unos minutos para averiguar lo que ha hecho... puede que todo salga bien. Sería un idiota redomado si pusiese el dinero después de descubrir que ha sido repuesto.

—¿Lo ha sido?

—¿Aún no lo sabes?

La abracé, y durante un rato olvidé el peligro que se cernía sobre nosotros; y aún me parecía tenerla abrazada cuando salí a la calle.

Capítulo VIII

Volví a casa y esta vez apagué todas las luces, subí, me desnudé y acosté. Quise dormir, pero no pude. Mi cerebro seguía trabajando preocupado especialmente con lo que tendría que hacer al abrir la bóveda a las ocho y media. ¿Cómo podría aparentar naturalidad? Si yo adivinaba que el hombre se encontraba en la bóveda, Helm también tenía que haberlo adivinado. Me había estado observando, había seguido todos mis movimientos; y eso lo habría hecho aun en el caso de no sospechar nada, cosa que forzosamente debía ocurrir después que me viera salir con Sheila. Todo aquello cruzó por mi mente, y al cabo de un rato imaginé una forma de encubrirle, habiéndole con franqueza y diciéndole que seguiría el asunto, esperando a ver qué decía. Brent en su descargo, en el caso de que realmente estuviese allí. Una vez más procuré dormir, pero entonces no fue el asunto de la bóveda lo que me preocupó, sino Sheila. Seguí repasando mentalmente lo que habíamos hablado, las indignas acusaciones formuladas por mí, la manera en que ella las tomó, y todo lo demás. Cuando empezó a clarear el día, me encontré sentado en la cama. Ignoro cómo me di cuenta, y tampoco supe qué camino debía seguir; pero estaba completamente convencido de que ella me ocultaba algo.

Descolgué el teléfono y marqué un número. No hace falta estar mucho tiempo en un banco para saber de memoria el número del jefe de los detectives particulares. Llamé a Dyer, que contestó uno o dos minutos después, bastante enfadado.

—¿Quién es?

—¿Dyer?

—Sí. ¿Quién habla?

—Lamento despertarle. Habla Dave Bennett.

—¿Qué es lo que quiere?

—Necesito ayuda.

—Muy bien. ¿Qué demonios pasa?

—Tengo motivos para creer que hay un hombre escondido en nuestra bóveda de la sucursal de Anita Avenue, en Glendale. Ignoro lo que se propone, pero quiero que usted esté presente cuando yo abra, y me gustaría que trajese a un par de hombres.

Hasta aquel momento no había sido más que un amodorrado detective de ciudad. De pronto se despertó del todo, como si le hubieran asestado un golpe con un objeto pesado.

—¿Qué quiere decir eso de que tiene motivos para creerlo?

—Eso se lo explicaré cuando nos veamos. ¿Puede reunirse conmigo a las siete, o les parece muy temprano?

—Cuando usted diga, señor Bennett.

—Entonces, esté en mi casa a las siete con sus hombres. Ya le daré los datos y le

explicaré por qué quiero que se ocupe del asunto.

Tomó nota de la dirección, y yo me acosté de nuevo.

Me acosté, y en la cama traté de comprender por qué necesitaba en realidad que él interviniese. Al cabo de un rato lo vi todo claro. Requería su presencia para protección del banco, y mía también, en el caso de que Sheila me estuviera mintiendo; pero al mismo tiempo deseaba que no se acercara demasiado, para permitir a Sheila aquellos breves minutos de conversación con Brent, por si no me mentía. En resumen, si verdaderamente Brent se traía algo entre manos, mi propósito era que todas sus vías de escape estuvieran cubiertas por gente capaz de hacer fuego. Pero si salía de la bóveda con cara de tonto, fingiendo haberse quedado adentro por error, y ella descubría que aún podíamos encubrir la adulteración de registros, deseaba también facilitarle esta escapatoria. Reflexioné sobre el asunto, y al cabo de un rato creí haber ideado la estratagema necesaria para salir airoso.

A eso de las seis de la mañana me levanté, me bañé y me vestí. Saqué a Saín de la cama, y le ordené preparar café y huevos con jamón. Le dije que estuviera atento por si los hombres que venían no habían desayunado. Luego fui al salón y empecé a recorrerlo en todos los sentidos. Hacía frío, y encendí el fuego. La cabeza seguía dándome vueltas.

Exactamente a las siete se oyó sonar el timbre y aparecieron Dyer y sus dos sabuesos. Dyer es alto y delgado, de pómulos prominentes, ojos penetrantes, y aparenta unos cincuenta años. Los otros dos eran más o menos de mi edad —un poco más de treinta—, con espaldas anchas, cuellos gruesos y caras enrojecidas. Denotaban exactamente su condición de expolicías contratados en un banco para tareas de vigilancia; uno se llamaba Halligan y el otro Lewis. Aceptaron el desayuno; entonces pasamos al comedor y Sam se apresuró a servirlo.

Explicué a Dyer, tan rápido como pude, que Brent había estado ausente del banco un par de meses, a causa de la operación, y había regresado el día anterior para llevarse algunas cosas suyas; que Helm le había visto entrar en el banco por segunda vez y no le había visto salir; que Sheila había ido a buscarlo tarde aquella noche y que había creído que se encendía la luz roja. Tuve que contarle todo eso para protegerme después, porque sólo Dios sabía lo que se descubriría, y ni siquiera me sentía seguro respecto de Sheila; nada dije de lo relativo a la falta de dinero y de la intervención del padre de ella. Explicué lo que necesitaba explicar, pero en pocas palabras.

Tal como yo imagino las cosas, Brent se introdujo en la bóveda unos segundos antes de que la cerráramos, tal vez buscando algo, y quedó adentro accidentalmente; sin embargo, no estoy seguro. Quizá se traiga algo entre manos, aunque esto no me parece lo más probable. Por eso quisiera que ustedes se quedasen afuera, en un sitio desde donde pudieran ver lo que sucede. Si no pasa nada, les haré una seña para que puedan irse a casa; si algo ocurre, ya estarán allí. Por supuesto, es posible que

después de pasar la noche en la bóveda, el hombre no se sienta del todo bien, y haga falta una ambulancia. En este caso, se lo haré saber.

Respiré, aliviado. La explicación parecía plausible, y Dyer seguía engullendo tostadas y huevos. Cuando hubo terminado, puso azúcar y crema en el café, lo removi6 y encendi6 un cigarrillo.

—Bueno, eso es lo que usted imagina.

—Sospecho que no estoy lejos de la verdad.

—Yo diría que es usted demasiado crédulo.

—¿Por qué lo dice?

—El hombre, si mal no recuerdo, es un empleado corriente.

—El jefe de los empleados de caja.

—En ese caso, no es posible que quede encerrado por error. Sería lo mismo asegurar que un médico, por equivocación, puede coserse a sí mismo dentro del vientre de un paciente. Además, no cabe en lo posible que ustedes le encierren sin darse cuenta. Supongo que al cerrar la bóveda toman las precauciones usuales.

—Así lo creo.

—¿Ayer lo hicieron como de costumbre?

—Por lo menos, así lo recuerdo.

—¿Miraron en el interior?

—Sí, por supuesto.

—¿Y no vieron nada?

—No, claro que no.

—Entonces... está allí deliberadamente.

Los otros dos asintieron, y parecieron convencidos de que yo no era precisamente un lince.

Dyer prosiguió:

—No es difícil esconderse en una de esas bóvedas. Infinidad de veces he pensado cómo puede hacerse. En mi oficio se piensan muchas cosas. Una vez que han entrado los carritos de ruedas, con los libros y tarjeteros, si uno se ha introducido sin que le vean, puede agacharse detrás y estarse quieto, de modo que, al dar el vistazo para cerrar, no le vean. Pero no por casualidad; eso nunca.

Sentí algo raro en el est6mago. Tenía que tragar una píldora que no me gustaba.

—Por supuesto, hay que contar con el elemento humano. La hoja de servicios de este empleado no contiene nada que permita sospechar malas intenciones de su parte. En realidad, ése es el motivo de que yo esté en la sucursal. Me comisionaron para estudiar los métodos que utiliza la sección de libretas de ahorros. Tanto me ha impresionado su trabajo, que pienso escribir un artículo.

—¿Cuándo cree usted que entró allí?

—Recuerdo que encontramos una araña; una de esas grandes.

—¿De las que parecen una pesadilla recubierta de pelos?

—Exactamente. Todos nos reunimos a mirarla y a discutir la forma de librarnos de ella. Sospecho que él estuvo con nosotros, mirándola también. Salimos para tirarla, y en ese momento debió meterse en la bóveda. Quizá para buscar algo. Tal vez para abrir su caja. No lo sé. Y... debía estar dentro cuando cerramos.

—¿Y no se le ocurre pensar que eso es muy raro?

—No del todo.

—Si usted quiere que en el banco todos se congreguen en un sitio y miren en una misma dirección, para meterse en la bóveda sin que le vean, ¿no comprende que lo mejor que puede ocurrírsele es una de esas arañas? A menos que tenga una serpiente venenosa.

—Toda esta teoría me parece un poco forzada.

—No olvidemos que ese empleado acaba de venir de las montañas del lago Arrowhead, según usted me dijo. Allí es donde abundan esas arañas. Jamás he visto una en las cercanías de Glendale. Si tuvo el cuidado de soltar la araña la primera vez que entró, sólo necesitaba aguardar que ustedes la vieran para esconderse sin ser visto.

—Se exponía a un peligro muy grande.

—No corría ningún peligro. Si ustedes notaban su presencia, sería en momentos en que él también estaba mirando la araña. Parecería que había entrado con su llave para ver a qué se debía tanto alboroto, fingiendo creer que les ocurría algo. Yo le aseguro, señor Bennett, que no quedó encerrado accidentalmente. Eso es imposible.

—¿Y qué propone usted?

—Propongo que Halligan, Lewis y yo estemos frente a la bóveda, con los revólveres preparados cuando usted abra la puerta, y que le encarcelemos hasta obligarle a declarar qué estaba haciendo allí. Si tiene dinero en su poder, no hará falta que nos lo diga. En ese caso, le trataría igual que a cualquier otro que se hubiera escondido en una bóveda, pero no le dejaría ninguna escapatoria.

—No puedo permitirlo.

—¿Por qué no?

Durante una breve fracción de segundo ignoré la razón. Supe que si le registraban, en el caso de no haber puesto de nuevo en la caja el dinero de su suegro, lo encontrarían en su poder, y un hombre que al salir de la bóveda de un banco tiene en su poder nueve mil dólares cuya procedencia no puede justificar, se hace sujeto de una investigación que, en este caso, desbarataría mis cálculos. Pero todos podemos pensar con rapidez cuando apremian las circunstancias. Le di a entender que él debía conocer por sí mismo la razón de mi negativa.

—Y... la moral.

—¿Qué quiere usted decir con eso de la moral?

—No puedo permitir que los demás, los otros empleados, vean que apenas se abre la caja, sin ningún motivo aparente, trato al más antiguo de mis empleados como si fuera un bandido. Estaría muy mal.

—No estoy de acuerdo con usted.

—Bueno, póngase en mi lugar.

—Todos esos empleados trabajan en su banco, ¿no es así?

—Pero no son criminales.

—Todo el que trabaja en un banco está automáticamente bajo sospecha desde el momento en que entra hasta el instante en que sale. Esto no tiene nada de personal. Son simplemente personas a quienes se les confía dinero ajeno, y lo natural es no dar nada por sentado. Por eso el banco se asegura. Por eso se les revisa el trabajo constantemente; ellos lo saben y así lo desean. Y si tiene un poco de sentido común, en el instante mismo de ver nuestras armas, suponiendo que no se proponga nada malo y que haya quedado encerrado por error, comprenderá las cosas. Pero si sus intenciones han sido deshonestas, la obligación de usted ante los demás es proporcionarles la protección a que tienen derecho.

—Yo no lo veo en esa forma.

—Depende de usted; pero quiero dejar constancia, en presencia de Halligan y de Lewis, de que se lo he advertido. ¿Me oye, señor Bennett?

—Le oigo.

La sensación que noté en el estómago era más intensa; pero les impartí órdenes. Debían tomar posiciones afuera. No debían entrar, a menos que fuera necesario. Esperarían.

Señalé el camino, yendo en mi automóvil hacia el banco, y ellos me siguieron en el coche de Dyer. Al pasar frente al banco, toqué la bocina, y Dyer me hizo una seña con la mano, según pude observar en el espejo. Necesitaban que les indicara cuál era el edificio, pues todos pertenecían a la casa central y nunca habían estado allí. Unas manzanas más allá, giré en una esquina, detuve el automóvil, y el otro coche se detuvo delante del mío. Dyer asomó la cabeza, diciendo:

—Muy bien, estoy al tanto.

Seguí la marcha, doblé otra esquina, observé bien la manzana, y aparqué el automóvil en un sitio desde el cual podía ver el banco. Unos minutos después apareció Helm, abrió la entrada principal y entró. Es el primero en llegar todas las mañanas. A los cinco minutos apareció Snelling con su automóvil, que aparcó frente a la lechería. En aquel momento llegó Sheila; venía a pie y se detuvo junto al coche de Snelling para hablar con él.

Bajaron las puertas metálicas del banco; creo innecesario agregar que esto era parte de la operación de abrir y no tenía nada que ver con la bóveda. El primero en

entrar inspecciona el banco, por si durante la noche ha habido alguien escondido. Se han conocido casos de gente agazapada junto a orificios en el techo, aguardando revólver en mano el momento en que se abre la bóveda.

El que entra primero registra el banco, y si no hay nada anormal se dirige a la puerta de la calle y sube la persiana, lo que es una señal para el que está enfrente y siempre se encuentra allí en aquel momento. Pero hay algo más: el de enfrente no entra hasta que el otro sale del banco, cruza la calle y le dice que puede hacerlo. Es una precaución por si hay un ladrón armado que conoce el procedimiento relativo a las persianas metálicas. Es posible que este hombre haya dicho al otro que suba las persianas, y que lo haga pronto; pero si el primero, después de haberlas subido, no sale del banco, el que está en la otra acera sabe que algo pasa y sin perder tiempo avisa a la policía.

Subieron las persianas, cruzó Helm, y Snelling salió del automóvil. También yo salí del mío y me encaminé hacia el banco. Snelling y Helm entraron; Sheila quedó rezagada para reunirse conmigo.

—¿Qué piensas hacer, Dave?

—Darle una oportunidad.

—Siempre que no haya hecho alguna tontería.

—Acércate a él y averigua qué se propone. Yo tomaré las cosas con toda la tranquilidad posible.

Entretendré a los demás, escucharé sus explicaciones y le diré que se quede por allí hasta que hayamos hecho una verificación. Entonces tú le acosas, averiguas lo que sucede, y me lo haces saber.

—¿Están enterados los otros?

—No, pero Helm lo ha adivinado.

—¿Rezas alguna vez?

—He rezado todas las oraciones que conozco.

En aquel momento apareció Adler, y todos entramos. Miré el reloj. Eran las ocho y veinte. Helm y Snelling estaban limpiando sus mostradores con sus paños de franela; Sheila se acercó al suyo para hacer lo mismo, y Adler se encaminó al vestuario donde iba a ponerse el uniforme. Yo me senté en mi escritorio, abrí y extraje algunos papeles. Eran los mismos con los que me había estado entreteniendo la tarde anterior. Parecía que hubiera pasado un siglo; pero me puse a revisarlos de nuevo. No me pregunten qué decían; todavía lo ignoro.

Sonó mi teléfono. Era la señorita Church. Dijo que no se encontraba bien, y me preguntó si estaría conforme en que no viniese al banco aquel día. Le contesté que no tenía inconveniente, y agregó que sentía mucho tener que faltar, pero que tenía miedo de ponerse peor si no se cuidaba. Me dijo que confiaba en que no hubiera olvidado lo de la máquina de sumar, que era una adquisición estupenda si se tomaba en cuenta su

costo, y que bastaría quizá un año para que estuviese amortizada con los beneficios que nos proporcionaría. Le aseguré que no lo había olvidado. Repitió de pe a pa todo lo dicho, no dejó de insistir en lo mal que se encontraba, y yo le deseé que se mejorara pronto, pues eso era lo más importante. Colgó. Miré el reloj; eran las ocho y veintiocho minutos.

Se acercó Helm, y pasó el paño ligeramente por mi escritorio. Al agachar la cabeza, me dijo:

—Hay un tipo delante de la lechería que no me gusta mucho, y otros dos en la misma manzana.

Levanté la mirada. Era Dyer; estaba leyendo un periódico.

—Sí, ya lo sé. Les he hecho venir yo.

—Muy bien.

—¿Les ha dicho algo a los otros?

—No, señor.

—Preferiría que no lo hiciese.

—Me pareció mal crear un escándalo basándome sólo en un presentimiento.

—Está bien. Yo le ayudaré a abrir la bóveda.

—Sí, señor.

—Cerciórese de que esté abierta la puerta de la calle.

—La abriré ahora mismo.

Por fin señaló el reloj las ocho y media, y la cerradura saltó. Vino Adler del vestuario abrochándose el cinturón sobre el uniforme. Snelling le dijo algo a Helm y se dirigió a la bóveda. Para abrir la bóveda hacen falta dos hombres, aun después de haber saltado el pivote de la cerradura, uno en cada combinación. Abrí el segundo cajón de mi escritorio, cogí la pistola automática que guardaba en él, descorrí el retén de seguridad, la guardé en el bolsillo de la chaqueta y me acerqué a los otros.

—Yo lo haré, Snelling.

—Perfectamente, señor Bennett. Helm y yo estamos tan habituados que hemos convertido esta operación en un arte. Podemos abrirla con música.

—Quiero hacer yo la prueba, aunque sólo sea una vez.

—Muy bien, usted hará girar la rueda y yo silbaré.

Rió entre dientes mirando a Sheila y empezó a silbar. Esperaba que yo hubiera olvidado la combinación y pidiera auxilio; entonces podría burlarse un poco de su jefe. Helm me miró, y le hice una señal con la cabeza. Hizo girar su rueda, y yo la mía, y se abrió la puerta.

Al principio, durante un segundo interminable, creí que adentro no había nadie. Accioné el interruptor, pero no pude distinguir nada. En aquel momento, mi mirada sorprendió marcas brillantes en los paneles de acero que contienen las cajas de seguridad. Entonces advertí que todos los carritos estaban fuera de su sitio. Son unos

marcos de acero, de unos cuatro pies de alto, dentro de los cuales están los registros; se desplazan sobre pequeñas ruedas de goma, y cuando están cargados pesan bastante. Al meterlos en la bóveda, se colocan frente a la puerta. En ese instante se hallaban amontonados en uno de los extremos, y la distancia desde el lugar en que yo me encontraba no era mayor de un metro. Introduje una mano en el bolsillo donde llevaba la pistola y abrí la boca para gritar pero en aquel mismo instante el carrito más próximo me golpeó de lleno.

Me había alcanzado en la boca del estómago. El hombre debía estar acurrucado detrás, como un insecto, oculto junto a los estantes traseros, y observando el mecanismo de relojería que acciona la cerradura, en previsión del momento en que estuviéramos allí. Retrocedí unos pasos, siempre tratando de sacar la pistola del bolsillo de la chaqueta. El carrito había sido empujado con tal fuerza que me pareció impelido por un cañón. Una de sus ruedas tropezó en mi pierna, y pude ver cómo caía sobre mí con estrépito.

Debí perder el conocimiento durante una fracción de segundo al golpearme en la cabeza, pues sólo recuerdo unos gritos enloquecedores; después vi a Adler y a Snelling apoyados en la pared, con los brazos en alto.

Pero esto no fue lo más importante que vi. El ladrón, un loco sin duda alguna, se hallaba frente a la caja, blandiendo una pistola automática, diciendo que aquello era un asalto, ordenando a todo el mundo que levantara los brazos y agregando que el que hiciera un movimiento sería hombre muerto. Si su esperanza era aparecer sin que le reconociesen, no puedo decir que no estuviera bien pensado. No llevaba las mismas ropas que el día anterior. Seguramente había traído aquellas prendas durante el desorden causado por la araña. Se había puesto un jersey grueso que le hacía aparecer más corpulento, pantalones y zapatos deportivos, un pañuelo negro de seda le cubría la parte inferior de la cara y un sombrero de fieltro, calado hasta los ojos... y su voz tenía un sonido horrible.

Vociferaba. Los gritos que yo había oído provenían de Sheila, que al parecer estaba detrás de mí, diciéndome que me apartase. No pude ver a Helm. El carrito estaba sobre mi cuerpo, y no logré precisar nada con claridad a causa del torbellino que sentía en la cabeza. Brent estaba de pie sobre mí.

En aquel momento, justo detrás de su cabeza, cayó un trozo de pared. No oí ningún disparo, pero ésta debía ser la causa, pues Dyer había hecho fuego desde la calle a través del cristal de una ventana. Brent se volvió hacia la calle, y pude ver cómo Adler asía su pistolera. Me incorporé sobre las rodillas, descargando mi peso en el carrito, que envié directamente hacia Brent. Fallé, y el carrito fue a chocar contra la pared, al lado de Adler; Brent giró sobre los talones e hizo fuego. Yo disparé también, y Adler disparó su arma, y Brent le contestó. Luego dio un salto y arrojó la maleta

que tenía en la otra mano directamente contra el cristal de la pared trasera del banco. Quiero que me entiendan: el banco está en una esquina, y a ambos lados hay un cristal. Pero hay un cristal también en el tercer lado, en la parte de atrás, que da al terreno de aparcamiento de coches. Por ahí tiró la maleta, y el cristal se rompió con estruendo. Quedó una abertura del tamaño de una puerta, y por esta abertura pasó Brent.

Me levanté y salté tras él por el mismo lugar. Oí cómo Dyer y sus dos ayudantes llegaban a la calle detrás de mí, y disparaban sus armas. No habían entrado en el banco para nada. Al primer grito lanzado por Sheila, empezaron a hacer fuego por la ventana.

El hombre alzaba la maleta cuando yo llegué, y me apuntó con su arma. Me tiré al suelo y disparé; y él también disparó. Siguió una andanada de tiros provenientes de Dyer, Halligan y Lewis. El ladrón corrió un corto trecho, y de un salto se introdujo en un sedán azul, cuya puerta estaba abierta, y que ya tenía el motor en marcha. Salió como una exhalación, atravesando el aparcamiento, y enfiló directamente por la calle Grove. Apuntando con mi arma, me preparé para disparar a los neumáticos, pero en la esquina aparecieron dos niños con los brazos cargados de libros de colegio. Se detuvieron y cerraron los ojos. No disparé y el automóvil desapareció.

Me volví, y penetré de nuevo por la abertura de la ventana. El local estaba lleno de humo, a resultas del tiroteo. Sheila, Helm y Snelling se hallaban inclinados hacia Adler, quien se encontraba en el suelo a un lado de la bóveda, y por detrás de la oreja le manaba un hilo de sangre. La expresión de los rostros me dio a entender lo que había sucedido. Adler estaba muerto.

Capítulo IX

Me dirigí al teléfono que estaba sobre mi escritorio, en la parte delantera del banco. Sentí flojera en las piernas al dar esos pasos delante de las ventanas. Dyer llegó antes que yo. Entró por la puerta de metal, del otro lado, y alargó la mano hacia el aparato.

—Voy a usarlo yo un momento, Dyer.

No me contestó, ni tampoco me miró, limitándose a coger el teléfono y ponerse a marcar el número. Desde su punto de vista, la culpa de todo era mía por no seguir sus indicaciones, y su actitud así lo denotaba. Esto mismo pensaba yo, pero no era mi intención permitir que se me adelantara. Le agarré de las solapas y le sacudí.

—¿No ha oído lo que acabo de decir?

Se puso pálido, y se quedó a mi lado, moviendo las aletas de la nariz y cerrando sus ojos grises, hasta darles aspecto de simples puntitos. Colgué de nuevo, para anular su llamada, y marqué el número de la central. Cuando respondieron pregunté por Lou Frazier. Tiene, como yo, el cargo de vicepresidente; pero es ayudante especial del jefe, y como éste estaba en Honolulu, ocupaba su lugar. La secretaria me contestó que no se encontraba allí, pero luego me dijo que esperase un minuto, pues acababa de entrar. Me puso con él.

—¿Lou?

—Sí.

—Te habla Dave Bennett, desde Glendale.

—¿Qué pasa, Dave?

—Ha ocurrido algo. Convendría que vinieses y trajeras algo de dinero, pues tendremos que hacer frente a una ola de pánico.

—¿Qué ha sucedido?

—Un atraco; han matado al ordenanza. Creo que nos hemos quedado sin fondos.

—Perfectamente. ¿Cuánto necesitas?

—Para empezar, veinte mil dólares. Si hace falta más, podemos mandarlo buscar después. No te retrases.

—Voy en el acto.

Mientras hablaba, sonaban las sirenas, y el local se llenó de policías. Afuera llegaba una ambulancia y serían quinientas las personas aglomeradas, número que aumentaba por momentos. Cuando colgué, desde la punta de mi nariz cayó en el secante una gota de sangre, y al momento manó un chorro. Me llevé una mano a la cabeza. Sentí el cabello pegajoso y húmedo, y cuando miré, advertí los dedos manchados de sangre. Procurando descubrir la causa, me acordé de la caída del carrito sobre mi cuerpo.

—Dyer.

—Sí, señor.

—El señor Frazier viene hacia aquí. Trae dinero para hacer frente a todas las demandas. Tendrá que quedarse aquí, con Halligan y Lewis, para imponer orden, y estar dispuesto a hacer todo lo que él le diga. La policía se ocupará de Adler.

—Están sacándolo ahora.

Miré y vi a dos hombres de la ambulancia que lo llevaban por la puerta que da a la calle, y que Halligan les había abierto. Lewis, con cinco o seis policías, estaba ya afuera, conteniendo a la muchedumbre. Depositaron a Adler en la ambulancia. Helm quiso ir, pero yo le llamé.

—Métase en la bóveda y regístrela.

—Ya lo hemos hecho Snelling y yo.

—¿Cuánto se ha llevado?

—Todo lo que había, cuarenta y cuatro mil dólares en efectivo. Pero eso no es todo; se ha dedicado también a las cajas de seguridad. Ha dejado sin tocar las más pequeñas; pero ha abierto con un formón las que contenían valores y papeles importantes y las ha vaciado por completo. Sabía cuáles le interesaban.

—El señor Frazier se encuentra en camino, con dinero efectivo para los clientes. Apenas pueda, haga una lista de todas las cajas forzadas, póngase en contacto con los dueños por teléfono si es posible, y si no mande telegramas pidiéndoles que vengan.

—Me ocuparé ahora mismo.

Entraron los de la ambulancia, y quisieron acercárseme, pero hice señas de que se alejaran, y se marcharon con Adler. Sheila se me aproximó.

—El señor Kaiser quiere hablarte.

Detrás de ella estaba Bunny Kaiser, el hombre a quien Sheila había inducido a pedir un préstamo de cien mil dólares la tarde en que advertí la falta de dinero. Abrí la boca para decirle que haríamos frente a todas las exigencias, y que podía venir con los demás clientes en cuanto abriésemos, pero el hombre señaló las ventanas. Todos los cristales estaban rotos y llenos de agujeros de bala, incluida la abertura grande por la cual Brent había arrojado la maleta.

—Señor Bennett, lo único que deseaba decirle es que tengo a mis cristaleros trabajando en la construcción en este momento, con mucho material, y que si usted me autoriza, puedo enviar a buscarles para que arreglen todo eso. Estas roturas no le dan muy buen aspecto al banco, ¿no le parece?

—Sería una excelente ayuda, señor Kaiser.

—En seguida los traigo.

—Muchísimas gracias.

Extendí la mano izquierda, que no estaba ensangrentada, y él me la estrechó. Yo debía estar muy conmovido, pues durante todo aquel tiempo me pareció que le apreciaba más que a nadie en el mundo. En un momento así es mucho lo que significa un gesto noble.

Los operarios estaban ya arrancando las astillas de cristal cuando Lou Frazier llegó. Traía una caja con dinero, cuatro empleados adicionales de ventanilla y un ordenanza de uniforme; todo cuanto había cabido en su automóvil. Le conté rápidamente lo que necesitaba saber y salió a la acera, levantando en alto la caja y pronunciando un breve discurso:

—Haremos frente a todas las demandas. Dentro de cinco minutos se abrirán las ventanillas. Ruego a los clientes que se coloquen en fila, para que el personal les identifique, pues a los que no lo sean no se les permitirá la entrada.

Con él estaba Snelling, quien entre la multitud le señaló a los que tenían cuenta con el banco, y los policías y el nuevo ordenanza los pusieron en fila en la acera. Volvió al banco, y los nuevos empleados enderezaron los carritos volcados, sacaron los otros, y luego, ayudados por Helm, dispusieron las cosas para empezar a pagar. Dyer estaba adentro. Lou se le acercó, y señalándome con un dedo, dijo:

—Llévenselo de ahí.

Por primera vez tuve conciencia de que debía ofrecer un aspecto horrible, sentado en mi escritorio, en la parte delantera del banco, todo cubierto de sangre. Dyer se me aproximó y llamó otra ambulancia. Sheila tomó su pañuelo y se puso a enjugarme el rostro. Al instante lo vio lleno de sangre. Sacó de uno de mis bolsillos mi propio pañuelo, y con él hizo lo que pudo. Por la forma en que Lou miraba cada vez que posaba en mí sus ojos, comprendí que la mujer empeoraba mi aspecto.

Lou abrió las puertas y entraron cuarenta o cincuenta clientes.

—Los clientes de libretas de ahorros a este lado, por favor, con sus libretas en la mano.

Los distribuyó entre cuatro ventanillas. La espera fue breve, y los primeros de las filas empezaron a obtener su dinero. Cuatro o cinco se alejaron contando billetes; dos o tres de los que estaban en la fila, al ver que pagábamos, se marcharon. Uno que contaba billetes se detuvo, y se colocó al extremo de una fila para volver a depositar el dinero.

La ola de pánico había terminado.

La cabeza empezó a darme vueltas y sentí una molestia en el estómago. Lo único que recuerdo de lo que sucedió después es el sonido de una sirena y la vista de un médico, vestido de blanco, que se hallaba delante de mí con dos enfermeros a su lado.

—¿Puede valerse de sus piernas, o necesita un poco de ayuda?

—Puedo andar.

—Será mejor que se apoye en mí.

Así lo hice, y debía tener un aspecto horrible, pues Sheila apartó la mirada y se

puso a llorar. Era la primera vez que desfallecía desde que aquello había empezado, y le faltaron fuerzas para sobreponerse. Se le estremecieron los hombros, y el doctor la señaló, diciendo a uno de sus ordenanzas:

—Convendría que la llevásemos también.

—Creo que sí.

Nos transportaron juntos, ella en una camilla y yo en la otra, colocándose el médico detrás, entre nosotros dos. Durante el camino trabajó en mi herida. La hurgó y pude sentir el escozor del antiséptico. Pero no era esto lo que me preocupaba. Una vez que estuvimos fuera del banco, Sheila se derrumbó por completo, y fue terrible oír el sonido de su voz entremezclada con sollozos. Los médicos le dijeron algo, pero no dejaron de trabajar en mí. Fue un paseo estupendo.

Capítulo X

Era el mismo hospital de antes. La levantaron y la condujeron al interior en una camilla, no sé adónde. Luego me llevaron a un ascensor y subimos, y me transportaron a una sala, también en una camilla; después vinieron a examinarme dos médicos más. Uno de ellos era un hombre mayor que no parecía pertenecer al hospital.

—Bueno, señor Bennett, tiene usted estropeada la cabeza.

—Cósala y quedará bien.

—Tendré que aplicarle anestesia.

—No me ponga anestesia, porque tengo mucho que hacer.

—¿Quiere llevar esa cicatriz toda su vida?

—¿Cicatriz? ¿De qué está hablando?

—Ya le he dicho que tiene la cabeza estropeada. Ahora bien, si...

—¡Bueno! Haga lo que quiera.

Se dispuso a trabajar y vino un enfermero que quiso desnudarme, pero le contuve y le pedí que llamara a mi casa. Cuando Sam contestó, hablé con él, pidiéndole que lo dejara todo y que me trajera otro traje, camisa, corbata, y toda la ropa limpia necesaria. Luego me despojé de todo, me pusieron una camisa de hospital, y una enfermera me puso una inyección. Me llevaron a la sala de operaciones, donde el médico me colocó en la cara una máscara, diciéndome que respirara con naturalidad, y eso es todo lo que recuerdo.

Cuando recobré el conocimiento estaba otra vez en la sala, con la enfermera al lado y la cabeza completamente envuelta por los vendajes. No habían usado éter, sino algún otro anestésico, y a los cinco minutos reaccioné, aunque bastante molesto. Pedí un periódico. La joven estaba leyendo uno que tenía en el regazo, y me lo dio. Era una de las primeras ediciones de la tarde, que se ocupaba extensamente del robo —en la primera página—, con las fotos de Brent, Adler y la mía, una vieja fotografía de deportista. Informaba que todavía no tenían la pista de Brent y que, de acuerdo con los primeros cálculos, lo robado ascendía a noventa mil dólares, cuarenta y cuatro mil del banco y cuarenta y seis mil sustraídos de las cajas de seguridad. El relato me convertía en héroe. Sabiendo que el bandido estaba en la bóveda, y a pesar de tener a la policía conmigo, insistí en ser el primero en estar en el lugar de peligro, sufriendo una grave herida en la cabeza, a consecuencia de mi arrojamiento. Adler resultó muerto en el primer intercambio de disparos, después que yo abriera fuego. Dejaba esposa y un hijo, y posiblemente el entierro se realizaría al día siguiente.

El artículo contenía una descripción del sedán de Brent y su número de matrícula. Dyer había tomado nota al arrancar el coche, y coincidía con las matrículas otorgadas a nombre de Brent. Se extendía en consideraciones acerca de que el automóvil estaba

en movimiento cuando él saltó, de lo cual se deducía que tenía cómplices. No se ocupaba de Sheila, salvo que la habían conducido al hospital, presa de un ataque de nervios; y acerca del dinero que había faltado anteriormente no se decía nada. La enfermera se levantó para ponerme otro poco de hielo en la bolsa que tenía sobre la cabeza.

—¿Qué sensación se experimenta al verse convertido en héroe?

—Una sensación extraordinaria.

—Le han dado bastante trabajo.

—Sí, bastante.

Muy poco después llegó Sam, y le dije que no se fuera. Después vinieron dos detectives. Contesté lo menos que me fue posible a las preguntas que me formularon, pero tuve que contarles lo que me dijo Helm y lo de la luz roja vista por Sheila; agregué que yo había actuado contra la opinión de Dyer, y relaté lo ocurrido en el banco. El interrogatorio fue duro, pero me defendí lo mejor que pude, y al cabo de un rato se fueron.

Salió Sam y me trajo una edición del periódico vespertino. Esta vez las fotografías ocupaban más lugar: la de Brent era siempre de tres columnas, y la mía y la de Adler un poco más reducidas; pero habían agregado la de Sheila. Se decía que la policía había mantenido una conversación con ella en el hospital, sin que la mujer pudiese dar ningún dato sobre las posibles razones que pudiera haber tenido Brent para cometer el delito, ni sobre su paradero. Luego, al finalizar, agregaba: «Se insinúa, sin embargo, que la señora Brent será interrogada nuevamente».

Al leer esto, salté de la cama. La enfermera se incorporó rápidamente y quiso detenerme, pero yo sabía que debía alejarme antes de ser detenido por la policía, por lo menos hasta saber qué camino tomar si las cosas se ponían peor.

—¿Qué se propone, señor Bennett?

—Me voy a casa.

—Es imposible. Tiene que quedar internado hasta...

—Me voy a casa. Si quiere quedarse verá cómo me visto, por mi parte no hay inconveniente; pero si desea portarse bien, es el momento oportuno para salir al vestíbulo.

Mientras me vestía, todos trataron de disuadirme: la enfermera, el médico interno y la jefa de enfermeras; pero yo le dije a Sam que metiera toda la ropa manchada en la maleta que había traído, y cinco minutos después estábamos fuera. Abajo, en el escritorio, extendí un cheque por el importe de la operación y pregunté a la empleada cómo seguía la señora Brent.

—Oh, muy pronto estará bien, pero la impresión ha sido terrible para ella.

—¿Está aquí todavía?

- Sí, en este momento la están interrogando.
- ¿Quién?
- La policía. Y si me lo pregunta, le diré que a mi juicio van a detenerla.
- ¿Detenerla?
- Al parecer, sabe algo.
- Comprendo.
- Pero no diga que yo se lo he dicho.
- No, por supuesto.

Sam había conseguido un taxi y en él nos metimos. Le dije al conductor que se dirigiera a Glendale, y llegué al lugar donde estaba mi automóvil, en Anita Avenue. Sam se sentó al volante y le indiqué el camino. Cruzamos Foothill y llegamos un poco más allá de San Fernando, pasando por lugares a los cuales no presté mayor atención.

Al pasar frente al banco, observé que los cristales ya estaban colocados, y que un hombre, desde la parte de adentro, se ocupaba de estampar letras doradas. No pude ver quiénes estaban en el interior.

En las últimas horas de la tarde volvimos a Los Ángeles y compré otro periódico. Ya no publicaban mi fotografía ni la de Adler, y la de Brent no era tan grande; pero la de Sheila abarcaba cuatro columnas y a su lado estaba la de su padre, el doctor Henry W. Rollinson. El título ocupaba la página entera y hablaba de cómplices de un robo. No quise molestarme en leer más, pues si el doctor Rollinson había confesado lo que sabía, todo estaba descubierto.

Sam me condujo a casa, y me preparó algo de comer. Fui al salón y me senté, a la espera de la policía, y preguntándome qué podría contestarles.

A eso de las ocho de la noche sonó el timbre de calle y abrí yo mismo. No se trataba de la policía, sino de Lou Frazier. Entró y le ordenó a Sam que le sirviera una copa; parecía necesitarla. Me recosté de nuevo en el sofá, sosteniéndome la cabeza. No me dolía, y yo me sentía perfectamente bien; pero era una precaución. Necesitaba un pretexto para no hablar más de lo que me convenía. Después de beber parte del licor, dijo:

- ¿Has visto los periódicos de la tarde?
- Solamente los títulos.
- Al hombre le faltaba dinero en sus cuentas.
- Así parece.
- Ella estaba enterada.
- ¿Quién?

—La mujer. Esa criatura tan atractiva que responde al nombre de Sheila. Falseó los libros para encubrirle. La hemos detenido hace media hora; vengo de allí. ¿Sabes

una cosa? Es todo un delito lo que esa mujer ha planeado. El sistema de la sección de libretas de ahorros y todas las cosas sobre las que pensabas hacer un informe... sólo eran pretextos. Has quedado en ridículo, Bennett. Ahora tendrás un verdadero artículo para *El banquero norteamericano*.

—Dudo que ella estuviera complicada.

—Sé que lo estaba.

—Si tal cosa ocurría, ¿por qué le permitió entonces a él recurrir a su padre, en busca de los fondos necesarios para cubrir el déficit? Se me ocurre que eso es llevar la imaginación demasiado lejos.

—Muy bien; he pasado toda la tarde procurando entender esa parte y tuve que someter al padre a un intenso interrogatorio. Está muy indignado con Brent. Pero procura ver las cosas desde su punto de vista, del de ella y de Brent. Les faltaba dinero, y pensaron simular un asalto que les permitiera cubrir la falta de fondos sin que nadie se enterara. Lo primero que tuvieron que hacer fue poner los libros en orden, y puedo asegurarte que ella ha realizado una labor digna de mejor causa. No ha dejado un solo indicio, y de no haber sido por el padre, jamás hubiésemos sabido que alguna vez faltó dinero. Claro, tuvo que poner los libros en condiciones, y hacerlo antes de que tú hicieras el arqueo de caja. Ésa fue la parte difícil, pues tuvo que contar con el factor tiempo; pero puedo asegurarte que se ha portado a la altura de las circunstancias. Luego trajo la araña para que él tuviera la ocasión de entrar sin que los demás se dieran cuenta y ocultarse en la bóveda. Pero ¿qué certeza tenían de lo que podía ocurrir a la mañana siguiente? Tal vez lograra su intento gracias al pañuelo que llevaba en la cara para que nadie le reconociese, y luego ella hubiese llamado al padre y le hubiese pedido que no dijera nada, que ya se lo explicaría después y que Charles se encontraba muy mal, lo cual sin duda ocurriría cuando los policías lo visitasen. Le encontrarían en la cama, recuperándose aún de la operación y muchas cosas más, pero del dinero, ni de nada que con él tuviese algo que ver, encontrarían el menor vestigio.

»Pero fíjate en esto. Han pensado también en el caso de que no se saliera con la suya. ¿Qué pasa si lo atrapan? Aparece todo el dinero, ¿no es verdad? Tiene cinco médicos que jurarán que está trastornado, de resultas de la enfermedad... y le sale barato. Con un poco de suerte, hasta puede ser que le dejen en libertad condicional. El único que molesta es el anciano. Ella lo encierra, y con eso no van a estar peor que antes. Pero gracias a un individuo llamado Helm, el pastel se deshace. Nada ha resultado como esperaba; el hombre ha escapado, pero todos saben quién es, y además Adler cayó muerto. Ahora le buscan por asesinato y por robo; las mismas acusaciones por las cuales está detenida ella.

—¿Quedaré detenida?

—Puedes apostar a que sí. No lo sabe todavía, pues se encuentra en el hospital

con algunas inyecciones para que se calme de la emoción experimentada; pero junto a cada puerta hay un policía, y mañana, cuando se despierte, habrá perdido buena parte de su atractivo femenino.

Permanecí reclinado sin abrir los ojos, pensando en lo que debería hacer; pero en aquel momento lo único que sentí fue una especie de vacío en la cabeza. Al cabo de un rato, sin saber cómo, le hablé:

—¿Lou?

—¿Qué?

—Estaba enterado de la falta de dinero.

—¿Querrás decir que lo sospechabas?

—Sabía...

—*¡Quieres decir que lo sospechabas!*

Esto último lo dijo casi gritándome. Cuando abrí los ojos, le vi de pie delante de mí, como si quisiera comerme con la mirada, el rostro demudado y muy pálido. Lou es una persona de aspecto interesante, macizo y corpulento, de ojos castaños y piel curtida por el sol de tanto jugar al golf; pero en aquel momento parecía un salvaje.

—Si lo sabías y no lo dijiste, *se ha perdido por completo el seguro sobre ti. ¿Me entiendes, Bennett? ¡Tu seguro queda anulado!*

Hasta entonces no había recordado mi seguro. Desde el instante en que empezó a vociferar, me pareció ver aquellas palabras impresas con artística letra. Nuestros empleados no tienen fianza individual. Existe sobre ellos una fianza colectiva, pactada con la compañía de seguros, y el párrafo a que me refiero dice: «El asegurado pasará parte a la Corporación de cualquier falta, estafa, desfalco o robo de dinero cometido por cualquiera de sus empleados, dentro de las veinticuatro horas a contar desde el momento en que uno de ellos, o sus jefes, tengan conocimiento de tal falta, estafa, desfalco o robo; y el hecho de no haberse pasado notificación de tal falta, estafa, desfalco o robo, será causa suficiente para la cancelación de esta garantía, quedando la Corporación libre de toda responsabilidad por tal falta, estafa, desfalco o robo». Noté que los labios se me enfriaban y que por las palmas de las manos me corría sudor; pero proseguí:

—Estás acusando a una mujer de delitos que sé perfectamente que no cometió y, con fianza o sin ella, yo te digo que...

—Tú no me dices nada, y quiero que lo entiendas bien.

Cogió el sombrero y se dirigió a la puerta.

—Y escúchame: si sabes lo que te conviene, supongo que no repetirás eso a nadie. En cuanto los hechos trasciendan al público, adiós nuestro seguro de lealtad y seguro contra robos, y no pudiendo obtener un solo céntimo de la compañía aseguradora, perdemos por completo los noventa mil dólares. ¡Noventa mil dólares, contantes y sonantes!

Se fue, y miré el reloj. Eran las nueve. Llamé por teléfono a una floristería, para que enviaran flores al entierro de Adler. Hecho esto, subí a mi dormitorio y me quedé contemplando el techo, tratando de adivinar lo que me ocurriría a la mañana siguiente.

Capítulo XI

No me pregunten qué pasó durante los tres días siguientes. Son los peores recuerdos de mi vida. Primero fui al Palacio de Justicia a hablar con el señor Gaudenzi, ayudante del fiscal y encargado del proceso. Me escuchó, tomó notas, y luego empezaron a ocurrir ciertas cosas.

En primer lugar, estaba citado para comparecer ante el juzgado en pleno y prestar declaración. Tenía que defenderme, y si a ustedes les parece que es divertido tener a todos aquellos hombres encima de uno, les aconsejaría que hiciesen una prueba. No hay juez que pueda prestar ayuda, ni abogado que se oponga a las preguntas que a uno le hacen parecer un imbécil; sólo están el acusado, el fiscal del distrito, el taquígrafo y ellos. Me tuvieron dos horas. Ensayé escapatorias y sudé la gota gorda, procurando salvarme de confesar por qué le había facilitado el dinero a Sheila; pero al cabo de un rato dieron en la tecla. Admití que le había pedido que se divorciara de Brent y se casara conmigo, y eso era lo que querían saber. No hice más que llegar a casa, cuando recibí un extenso telegrama de Lou Frazier, diciéndome que la compañía de seguros había dejado constancia de que se consideraban exentos de responsabilidad por el dinero desaparecido, y agregando que quedaba suspendido hasta nuevo aviso. Me hubiera despedido, si hubiese podido hacerlo; pero tenía que esperar a que el jefe volviera de Honolulu, pues se trataba de un funcionario de la compañía y no estaba permitido despedirlo sin que antes el jefe expusiera los motivos al consejo de dirección.

Pero lo peor fue lo de los periódicos. Los relatos estuvieron bastante bien hasta que me mezclaron a mí; quiero decir que figuraba en la primera página, con fotografías y toda clase de deducciones sobre el paradero de Brent, no faltando la noticia digna de crédito que lo situaba en México, otra en Phoenix, y otra en Del Monte, donde un sereno de garaje aseguraba que había estado la noche del robo. Pero cuando conocieron mis declaraciones, se enloquecieron con ellas. Le asignaron al asunto un interés romántico y los enredos en que me complicaron fueron sencillamente criminales. Inventaron la denominación de «el triángulo del saqueo», y fueron a la casa del viejo doctor Rollinson, donde estaban las hijas de Sheila; tomaron fotografías de las niñas y de él, y se apoderaron por lo menos de media docena de retratos de Sheila; publicaron todas las fotos más que pudieron encontrar en sus archivos, con lo cual me hicieron maldecir el día en que posé en traje de baño cuando estaba en la universidad, con una estudiante colgada de cada brazo, para servir a los fines de publicidad del club.

Y todo lo que vino a resultar de aquel infierno fue que el día anterior a mi comparecencia el gran jurado declaró a Sheila culpable de adulteración de registros de una compañía pública, estafa y complicidad en robo a mano armada. Lo único de

lo que no la acusaron fue de asesinato, y por cierto que no atiné a entender la razón. De modo que todo había sido en vano. Me había clavado a una cruz, presentando todos los documentos relativos a la hipoteca de mi casa, para demostrar el origen del dinero utilizado por ella y dejar sentado que con esto Sheila no había tenido nada que ver; pero la inculpaban de todos modos. Llegué al punto de que me faltó valor para asomar las narices a la puerta, excepto cuando se presentaba un periodista y salía para ahuyentarlo, si era posible. Me pasaba el tiempo en casa, y escuchaba la radio de onda corta; solía sintonizar las emisoras de la policía, esperando saber algo que me indicase que estaban cortándole la huida a Brent. Además oía noticias. Uno de los informativos dijo que la fianza de Sheila se había fijado en siete mil quinientos dólares, y que el padre la había pagado, quedando ella en libertad. Poco me hubiese ayudado ser yo quien hubiera dado esta fianza, pues había comprometido ya todo cuanto tenía.

Aquel día salí en el coche a dar un paseo, sólo para no volverme loco. Al regresar, pasé por el banco y miré al interior. Snelling se hallaba en mi escritorio; la señorita Church estaba en la ventanilla de Sheila; Helm ocupaba el lugar de Snelling, y vi también dos empleados que no recordaba haber visto antes.

Cuando sintonicé los programas informativos aquella noche después de cenar, por primera vez puede advertir que la noticia apasionaba menos. El locutor dijo que a Brent aún no lo habían detenido, pero no agregó nada más de mí ni de Sheila. Sentí alivio, pero después de un rato empezó a inquietarme otra cuestión. ¿Dónde estaba Brent? Ya que ella se hallaba en libertad bajo fianza, ¿se encontraría con él? Por mi parte había hecho cuanto era posible para librarla de acusaciones; pero eso no significaba que creyera en su inocencia, ni que mi manera de pensar acerca de ella hubiese cambiado un ápice. La idea de que pudiera verse con él en algún sitio, tomándome por un imbécil, se abrió de nuevo camino en mi espíritu, y aunque quise ahogar esas dudas, olvidarme de ella, borrar de mi mente semejante pensamiento y considerarme desligado de todo, me resultó imposible. A eso de las ocho y media hice una cosa de la cual no creo que pueda estar orgulloso. Me aproximé a su casa, aparqué en su misma calle, a una media manzana de distancia, e intenté ver algo.

Había una luz encendida, y quedé inmóvil un rato largo. Se sorprenderán ustedes cuando les diga que en aquel breve lapso tocaron el timbre muchos periodistas, que fueron despedidos de mala manera, y numerosos coches que pasaban detuvieron la marcha, para que sus gordas ocupantes pudieran mirar cómodamente. Además, había otros espiando desde las ventanas altas de las casas contiguas. Pasados unos instantes se apagó la luz, se abrió la puerta y salió Sheila. Avanzó por la calle en dirección a mí, y tuve la sensación de que si llegaba a verme me moriría de vergüenza. Me acurruqué detrás del volante, inclinándome hacia un lado, de tal forma que pudiera ver el suelo, y contuve la respiración. Oí los pasos que se acercaban velozmente,

como si tuviera prisa por llegar a algún lugar. Siguió su marcha junto al automóvil, sin detenerse; pero a través de la ventanilla, casi como en un susurro, le oí decir: «Te vigilan».

Con la celeridad del rayo, supe entonces por qué no la habían condenado por asesinato. De haber sucedido tal cosa, no habría estado en condiciones de lograr su libertad bajo fianza. La habían condenado, pero dejando las cosas de tal modo que pudiera salir en libertad, y entonces hicieron lo mismo que había hecho yo: vigilarla, para ver si daba algún paso que pudiera conducirles hasta Brent.

Al día siguiente decidí hablar con ella; lo difícil era saber cómo. Si la seguían muy de cerca y la vigilancia era estrecha, probablemente tendrían intervenido su teléfono, y cualquier mensaje telegráfico que yo le enviase sería leído antes de llegar a sus manos, con toda seguridad. Reflexioné sobre estas cosas un rato, y después bajé a la cocina en busca de Sam.

—¿Tienes un canasto? —le pregunté.

—Sí, señor; uno grande, que se usa para el mercado.

—Perfectamente. Esto es lo que tienes que hacer. Metes en el canasto un par de panes, te pones la chaqueta blanca y vas a esta dirección, en Mountain Drive. Acércate por la puerta trasera, llamas, y preguntas por la señora Brent. Cerciórate de que hablas con ella, y de que no hay nadie cerca. Dile que necesito verla y que se reúna conmigo esta noche a las siete en el mismo lugar en que solíamos vernos en la ciudad, cuando salía del hospital. Dile que esperaré en el coche.

—Sí, señor; a las siete.

—¿Has entendido bien?

—Sí, señor.

—La casa está rodeada de policías. Si te detienen, no digas nada; y, si es posible, que no sepan quién eres.

—Déjelo de mi cuenta.

Aquella noche dediqué una hora a desprenderme de cualquiera que pudiera estar siguiéndome. Fui hasta Saugus, y al llegar a San Fernando aceleré hasta ciento treinta, aunque sabía que no tenía nadie detrás. En San Fernando giré hacia Van Nuys, encaminándome desde allí al hospital. Estaba acercándome a la acera, a las siete y un minuto, sin siquiera detenerme del todo, cuando se abrió la portezuela y ella entró. Proseguí la marcha.

—Te siguen.

—Creo que no. Les he desorientado.

—Yo no he podido. Supongo que el conductor del taxi recibió instrucciones antes

de pararse frente a casa. Están a unos ciento cincuenta metros detrás.

—No veo nada.

—Sin embargo, están.

Seguimos la marcha, mientras yo procuraba ordenar mis pensamientos acerca de lo que deseaba decirle; pero fue ella quien habló primero.

—Dave.

—¿Qué?

—Es posible que ésta sea la última vez que nos veamos. Considero que debo confesarte algo. He pensado en ti mucho, muchísimo. Junto con varias otras cosas.

—Muy bien, habla.

—Te he causado mucho daño.

—No soy yo quien lo ha dicho.

—No hacía falta que lo dijeras. He adivinado todo lo que pensaste aquella mañana del terrible viaje en la ambulancia. Te he hecho mucho mal, y no menor es el mal que me he causado a mí misma. Olvidé algo que una mujer no debe olvidar jamás. Es decir, no lo olvidé; pero cerré los ojos.

—Bien. ¿De qué se trata?

—Que la mujer debe llegar al hombre, como dicen en los tribunales, con las manos limpias. En algunos países tiene que llevar más. Debe tener algo en sus manos, a la espalda, en su carreta de bueyes: una dote. En esta nación se ha eliminado ese requisito, pero no el de que las manos estén limpias. Yo no lo he cumplido. Para poderme acercar a ti, llevaba conmigo mis propios impedimentos terribles. Tuve que ser comprada.

—La idea salió de mí.

—Pero no puede ser, Dave. Te he puesto en el trance de pagar por mí un precio que ningún hombre puede pagar. Te he costado una suma enorme de dinero, tu carrera y tu buen nombre. Por mi culpa te han zarandeado públicamente los periódicos y has tenido que sufrir tormentos. Te has mantenido admirablemente fiel a mí, has hecho todo cuanto has podido, hasta aquella mañana espantosa, después de la cual..., yo no lo merezco. Ninguna mujer puede ser digna de tantos sacrificios, ni tiene derecho a creer que lo es. Muy bien, pues; no hace falta que sigas ayudándome o ligado a mí. Puedes considerarte libre, y si está en mis posibilidades te devolveré todo lo que por mí has perdido. Siento que nada pueda hacer respecto a tu carrera y tu buen nombre. Pero Dios ha de querer que algún día pueda devolverte el dinero. Creo que esto es todo cuanto deseaba decirte. Esto... y adiós.

Durante un trecho de varios kilómetros recapacité en lo que me había dicho. No era momento para bromas. Acababa de decir lo que pensaba y yo también tenía que decir lo que pensaba. De sobra sabía que mucho de aquello no era cierto. Todo el asunto, desde el momento en que empezamos a adulterar las anotaciones y reponer

dinero, me resultó abominable y nada tuvieron de románticas las noches en que nos preparábamos para los manejos del día siguiente. Fueron sesiones llenas de nervios, y el aspecto de Sheila en ninguna ocasión fue tan agradable al irse como al llegar. Pero tampoco era esto lo que me preocupaba. Si podía tener la certeza de que había sido honesta, seguiría pensando que el sacrificio estaba bien empleado, y me mantendría a su lado, siempre que me necesitara y me aceptase. Decidí abordar la cuestión resueltamente.

—Sheila.

—Sí, Dave.

—Lo que dije en la ambulancia fue en serio.

—No hace falta que me lo expliques.

—En parte se debe a lo que tú dijiste. De nada nos servirá engañarnos. Fue una mañana espantosa, pero desde entonces los dos hemos tenido mañanas espantosas. Sin embargo, no es eso lo más importante.

—¿Qué es lo más importante?

—No estuve seguro, no he podido estarlo en ningún momento desde el principio, ni lo estoy ahora, de que tú no hayas jugado con dos cartas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Con quién he podido engañarte?

—Con Brent.

—¿Con Charles? ¿Estás loco?

—No, no estoy loco. Ahora ya lo sabes. Tuve la convicción desde el primer momento, y mi convicción de ello es mayor ahora. Creo que sabes más de lo que has dicho, y que algo me has ocultado a mí y has ocultado a la policía. Todavía tienes ocasión de sincerarte. ¿Has obrado todo este tiempo de acuerdo con Brent, o no?

—¡Dave! ¿Cómo puedes preguntar semejante cosa?

—¿Conoces su paradero actual?

—Sí.

—Es todo cuanto quería saber.

Lo dije automáticamente, porque, si he de confesar la verdad, tenía decidido ya que ella había sido leal en todo momento; pero aquella revelación me dio de lleno en el rostro, como un puñetazo. Mientras seguíamos la marcha, pude advertir que el aliento me fallaba y que Sheila seguía mirándome. Después empezó a hablar nuevamente, con voz áspera y forzada, como si le costara trabajo emitir las palabras y las midiera cuidadosamente.

—Sé donde está, sé acerca de él muchas cosas que jamás te he dicho. Hasta aquella mañana me abstuve de decir nada, porque no quería sacar los trapos al sol, aun cuando fuera solamente en presencia suya. Después no se lo he dicho a nadie, porque... *¡necesito que pueda huir!*

—¡Oh! ¿De veras?

—Te arrastré al asunto, cuando descubrí la falta de dinero, por la razón que ya conoces. Para que mis hijas pudieran criarse sin la vergüenza de saber que su padre había estado en la cárcel. Oculto a Charles ahora, y le oculto incluso de ti, tal como lo has dicho, porque si no lo hago tendrán que saber que su padre fue condenado a muerte por criminal, y no puedo permitirlo. Me tiene sin cuidado que el banco pierda noventa mil dólares o un millón de dólares. Me tiene sin cuidado que se estropee tu carrera... pues vale más que sepas la verdad. Dave... *si encuentro la forma de impedir que mis hijas vean manchadas sus vidas por una desgracia tan horrible...*

Esa parte quedaba clara por fin. Pero algo se me ocurrió entonces. Comprendí que si debíamos volver a las andadas, ya que la había ayudado a encubrir delitos tan graves, no permitiría que las cosas tomaran el curso deseado por ella. Para seguir, tenía que ser en un camino limpio, y noté que mi decisión era definitiva.

—En lo que a mí respecta, no puedo admitirlo.

—No te lo he pedido.

—Y no es por lo que has dicho de mí. No te pido que me antepongas a tus hijas, ni que les antepongas nada.

—Aunque me lo pidieras, no lo haría.

—Lo digo porque el juego ha quedado descubierto, y ya es hora de que sepas que la situación de tus hijas no es mejor que ninguna otra.

—Lo siento mucho. Para mí lo es.

—Tendrán que saber, antes de la hora de su muerte, que están obligadas a jugar con las cartas que Dios les ha dado, y eso mismo habrás de aprenderlo tú, si es que yo conozco algo de estas cosas. Lo que haces es arruinar vidas ajenas, y nada digo de la tuya propia, causando daño además... para salvarla. Está bien, puedes elegir tu camino. Pero tu insistencia me libera de toda obligación.

—¿Quieres decir que nos separamos ahora?

—Creo que sí.

—Es lo que he tratado de decirte.

Lloraba cuando me cogió una mano y me la estrechó, temblando. La amé más que nunca, y pensé en detener el coche para abrazarla y volver al punto de partida; pero me contuve. Comprendí que de ese modo no adelantaríamos nada, y seguí conduciendo. Habíamos llegado a la playa por el bulevar Pico y atravesé Santa Mónica en dirección a Wilshire, describiendo una curva para llevarla a su casa. Todo acababa entre nosotros y pude adivinar que ella había presentido con tiempo ese final. No volveríamos a vernos.

No sabría decir hasta dónde fuimos, pero estábamos a punto de llegar a Westwood. Se había serenado y estaba apoyada contra la ventanilla, con los ojos cerrados, cuando de pronto se enderezó y aumentó el volumen de la radio. Estaba sintonizada en ondas

cortas, tan bajo que apenas se la pudiera oír, pero estaba encendida. Un policía finalizaba la lectura de una orden y repitió: «¡Coche número cuarenta y dos, coche número cuarenta y dos...! Diríjase en el acto al número seis mil ochocientos veinticinco de la avenida Sanborn, Westwood, en el acto... Han desaparecido dos niñas de la casa del doctor Henry W. Rollinson...».

Pisé a fondo el acelerador, pero ella me tomó del brazo.

—¡No sigas!

—Voy a llevarte allí.

—¡He dicho que no sigas! ¿Quieres hacer el favor de parar?

Me hubiera costado trabajo adivinar sus intenciones, pero detuve la marcha hasta parar el coche. Bajó y yo la seguí.

—¿Quieres decirme por qué nos detenemos aquí? ¿No te das cuenta de que son tus hijas?

Sheila estaba ya en la acera, moviendo los brazos en dirección al sitio del cual habíamos venido. Hasta aquel momento no advertí la proximidad de un coche, pero se me ocurrió de pronto que debía ser el que estaba siguiéndonos. Después de mover los brazos un rato, se acercó y corrió hacia el automóvil. Al verlo, acercaron el coche. En el interior había una pareja de detectives. Ni siquiera esperó a que se detuvieran del todo para gritarles:

—¿No han oído esa llamada?

—¿Qué llamada?

—La de Westwood, acerca de las niñas.

—Sí, pero estaba dirigida al coche cuarenta y dos.

—¿Quieren dejar para otro momento esas sonrisas estúpidas y escucharme? Se trata de mis hijas, y el que se las ha llevado es mi marido, lo cual significa que ha decidido escapar de una vez, Dios sabe adónde...

No necesitó terminar la frase. Los policías saltaron del coche y Sheila les dio otros detalles lo más rápidamente que pudo. Les dijo que sin ninguna duda pasaría por su escondite antes de desaparecer, y que si estaban dispuestos a seguirnos les indicaríamos el camino, sin necesidad de perder más tiempo en conversaciones. La idea de los policías era otra. Se habían dado cuenta ya de que no disponíamos de mucho tiempo, de modo que decidieron repartirse en los coches. Uno de ellos tomó la delantera con el auto suyo, después que ella le indicó la dirección, y el otro se sentó al volante del mío, ocupando nosotros el asiento trasero. El que crea que sabe conducir bien un automóvil, que haga la prueba de ir un día con un par de agentes de policía. Atravesamos Westwood a todo lo que daba el motor, y en menos de cinco minutos estábamos en Hollywood sin aminorar la marcha. No nos detuvimos ante ninguna señal de tráfico y dudo que en todo el trayecto el velocímetro bajara de los ciento veinte.

Durante todo el tiempo se mantuvo asida de mi mano y diciendo: «¡Oh! ¡Quiera Dios que llegemos a tiempo! ¡Quiera Dios que llegemos a tiempo!».

Capítulo XII

Nos detuvimos a la puerta de un pequeño edificio blanco de apartamentos, en Glendale. Sheila saltó del coche, y los detectives y yo nos pusimos a su lado. En voz muy baja nos dijo que no hiciéramos ruido. Luego atravesó el césped, rodeando la casa hasta llegar a uno de los lados, y miró hacia arriba. Había luz en una ventana. Volvió hasta el garaje, que estaba abierto, y escudriñó en su interior. Luego regresó a la parte delantera y se encaminó hacia la puerta sin dejar de indicarnos que guardáramos silencio. La seguimos, y subió al segundo piso. Llegó de puntillas a la tercera puerta de la derecha, permaneció inmóvil un instante y escuchó. Sigilosamente volvió al sitio en que estábamos nosotros. Los detectives habían sacado sus pistolas. Luego fue directamente hacia la puerta, haciendo sonar los talones, y llamó. La puerta se abrió en el acto y vi a una mujer que tenía un cigarrillo en una mano y el sombrero y el abrigo en la otra, como si estuviera a punto de marcharse. Tuve que mirar dos veces para estar seguro de poder dar crédito a mis ojos. Era la señorita Church.

—¿Dónde están mis hijas?

—Bueno, Sheila, ¿cómo quieres que yo sepa...?

Sheila la agarró de las ropas con fuerza y de una sacudida la sacó al pasillo.

—Te he preguntado dónde están mis hijas.

—Se encuentran bien. Quiso únicamente verlas un poco antes de...

Se calló cuando uno de los policías se le aproximó por detrás, avanzando hasta la puerta abierta con el arma en la mano, y penetró en el apartamento. El otro se quedó fuera, al lado de Sheila y la señorita Church, con el arma en la mano, escuchando. Después de uno o dos minutos, volvió a la puerta el primer detective, y nos hizo una seña para que entráramos. Entraron primero Sheila y la señorita Church, luego yo, y detrás el otro policía, que se detuvo para vigilar la parte exterior. Era un apartamento amueblado de una sola habitación, con una pequeña separación a un lado, que hacía de comedor, y un cuarto de baño. Todas las puertas, incluso la del lavabo, habían sido abiertas por el primer policía, dispuesto a disparar el arma en caso necesario. En el centro del cuarto se veía un par de baúles con las correas puestas y muy apretadas. El detective que entró primero se dirigió a la señorita Church.

—Muy bien, gordita, a ver si canta lo que sabe.

—No entiendo a qué se refiere.

—¿Dónde están las niñas?

—¿Cómo pretende que yo sepa...?

—Por lo visto, no aprecia usted bastante su cara.

—... va a traerlas ahora.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo; ya debería estar aquí.

—¿Para qué?

—Para llevarlas con nosotros. Tenemos proyectado huir.

—¿Tiene automóvil?

—El suyo propio.

—Perfectamente. Abra los baúles.

—No tengo la llave. Dentro de un momento...

—He dicho que abra.

Se agachó y empezó a desatar las correas. El policía, detrás de ella, le apoyaba el revólver en el cuerpo.

—Vamos, dese prisa.

Una vez desatadas las correas, sacó la llave de su bolso de mano y abrió las cerraduras. De un puntapié, el policía separó las tapas de los baúles. Luego silbó. Del más grande empezó a caer dinero sobre el suelo, parte en paquetes, con bandas de goma alrededor, y otra parte con pequeñas fajas de papel que indicaban el importe. Era el dinero robado de la bóveda, sin tocar aún. La señorita Church increpó a Sheila.

—Está todo, y ahora has conseguido lo que querías, ¿no es así? ¿Supones que no sé lo que estuviste haciendo, que no te vi arreglando las tarjetas para que le detuvieran una vez que se descubriese la falta? Pero de nada te ha servido, porque se adelantó, y se ha burlado de lo lindo de tu padre, ese pobre viejo pusilánime. Sin embargo, aún no le has atrapado a él, ni tienes en tu poder a las dos niñas. Yo te...

Intentó correr hacia la puerta; pero el policía que estaba con ella la hizo retroceder de un empujón. Después habló con el otro, que estaba encorvado, revisando el dinero.

—¡Jake!

—¿Qué?

—Van a venir a buscar ese dinero. Convendría que llamase. No ganaremos nada con arriesgarnos imprudentemente. Necesitamos más hombres.

—En mi vida he visto tanto dinero junto.

Se acercó al teléfono y levantó el auricular para hacer la llamada. En aquel preciso instante, procedente del exterior, oímos un ruido continuado de una bocina, que se repitió tres o cuatro veces seguidas. La señorita Church la oyó también y abrió la boca para gritar; pero su grito no llegó a traspasar sus labios. Sheila se le echó encima de un salto, le apretó la garganta con una mano y le tapó la boca con la otra. Se volvió hacia los policías.

—¡Pronto, bajen! ¡Está aquí!

Los detectives bajaron a toda prisa las escaleras y yo corrí tras de ellos. Pero no habíamos hecho más que llegar a la puerta cuando se oyó un tiro, disparado desde un coche que estaba detrás del mío. Uno de los policías se escondió junto a un buzón que

había al lado de la puerta, y el otro se parapetó detrás de un árbol. Pero yo no hice ninguna de estas dos cosas. El automóvil estaba ya en marcha y mi intención era atraparlo aunque fuese lo último que me quedara por hacer en la vida. Me aparté hacia la derecha, atravesando con rapidez el jardincito del edificio de apartamentos y el de la propiedad contigua. No tenía escapatoria; si deseaba alejarse, debía pasar antes por mi lado. Llegué hasta un automóvil aparcado en la calle a unos quince metros de distancia, y me acurruqué delante, junto al guardabarros, de tal modo que el coche quedaba entre él y yo. Puso el suyo en segunda y le imprimió velocidad; pero yo salté, asiéndome de la manivela de la puerta.

No estoy completamente seguro de saber lo que ocurrió durante los diez segundos siguientes. La velocidad del coche me derribó hacia atrás, por lo que tuve que soltarme y fui a chocar con la cabeza en el guardabarros. Todavía estaba vendado como consecuencia del golpe anterior; de modo que me dolió. Pero me agarré a la manivela de la puerta trasera, aferrándola con todas mis fuerzas. Todo esto ocurrió en menos tiempo del que se tarda en contarlos, pero en vista de la forma en que caía, creo que eso es lo que me salvó. Sin duda él creyó que yo estaba aún delante, pues disparó desde dentro y vi que se producían los orificios uno tras de otro en la portezuela delantera. Enloquecido como estaba me dio por contarlos, para saber cuándo quedaría descargada el arma. Conté tres, pero de pronto advertí que había más tiros que agujeros; es decir, que algunos de los tiros venían de atrás. Esto significaba que los policías se habían lanzado a la carga nuevamente. Estaba directamente en la línea de fuego, y se me ocurrió soltarme para caer en la calle; pero me contuve. Luego noté lloriqueos que venían del asiento trasero y me acordé de las niñas. Les grité a los policías que las niñas estaban allí atrás, pero en aquel momento el coche aminoró la marcha, viró hacia la izquierda, chocó estrepitosamente contra la acera, y se detuvo.

Me puse en pie, abrí la puerta delantera, y con toda la rapidez imaginable me coloqué a su lado de un salto. No había por qué apresurarse; estaba retorcido en el asiento delantero; la cabeza le colgaba hacia abajo, y el tapizado se hallaba completamente manchado de sangre. Pero el cuadro que se ofreció ante mi vista cuando uno de los policías llegó corriendo y abrió la puerta trasera fue lastimoso. La mayor de las niñas, Anna, estaba en el piso quejándose, y su hermanita, Charlotte, se había puesto de pie y le pedía al padre que mirase a Anna, que se encontraba mal.

El padre no decía nada.

Me pareció extraño que aquel detective, que había tratado a la señorita Church con tanta rudeza, pudiera ser bondadoso con un par de criaturas. Les habló cariñosamente, y a la menor la tranquilizó al instante, tardando un poco más con la que estaba herida. El otro policía volvió corriendo al edificio de apartamentos para pedir ayuda por teléfono y asegurar a la señorita Church antes de que pudiera

escaparse con el dinero, y la sorprendió en el momento en que trasponía la puerta. El anterior se quedó junto al coche, y apenas se serenaron las niñas advertí que Sheila estaba a su lado, y que, provenientes de todas direcciones, se agrupaban más de quinientas personas.

Sheila estaba trastornada; pero con aquel policía no tuvo nada que hacer; no la dejó acercarse a Anna, ni permitió que nadie tocara a la niña hasta que llegaran los médicos. Dijo a Sheila que tendría que quedarse en el lugar donde estaba, y que nada que dijese o hiciese alteraría su determinación. Comprendí que tenía razón, y la rodeé con mis brazos tratando de apaciguarla; noté que en seguida hizo todo lo posible por dominarse.

Por fin llegaron las ambulancias, y pusieron en una a Brent y en la otra a la niña, acompañada por Sheila; a Charlotte la transporté en mi automóvil. En el momento de separarse de mi lado, Sheila me tocó un brazo.

—Más hospitales.

—Ya has tenido tu parte.

—Sí, ¡pero esto..., Dave!

Era la una de la mañana cuando acabaron en la sala de operaciones, y un rato antes las enfermeras acostaron a Charlotte. Por lo que ésta me había dicho en el camino y las conclusiones a que pudimos llegar los detectives y yo, lo que había herido a Anna no era uno de los disparos hechos por los policías.

Ocurrió que las niñas estaban dormidas en el asiento trasero cuando Brent se detuvo frente al edificio de apartamentos, él lo ignoró hasta el momento de hacer fuego contra mí. Entonces, la mayor se levantó, y le habló al padre. Como éste no le hizo caso, intentó hablarle desde el lado izquierdo, justamente detrás del sitio por el cual su padre trataba de hacer fuego y conducir al mismo tiempo. Debió ser entonces cuando se giró para tirar contra los policías por encima de su propio hombro; pero en vez de acertar a los detectives, hirió a su propia hija.

Más tarde llevé a Sheila, pero no a su casa de Glendale, sino a la del padre, en Westwood. Le había telefoneado avisándole de lo ocurrido, y la esperaban. Parecía un espectro, reclinada en la ventanilla, con los ojos cerrados.

—¿Te han contado lo que le ha pasado a Brent?

Abrió los ojos.

—No. ¿Cómo está?

—No le condenarán por asesinato.

—¿Qué?

—Ha muerto en el tiroteo.

Cerró los ojos de nuevo, y durante un rato no habló. Después lo hizo como un autómatas.

—Charles fue bueno, un hombre excelente... hasta que conoció a la señorita Church. Ignoro qué clase de fascinación ejercía sobre él. Le trastornó por completo, él empezó a comportarse mal. Lo que hizo en el banco aquella mañana no fue idea suya, sino de ella.

—¿Para qué? ¿Puedes explicármelo?

—Para descargar su odio contra mí, contra mi padre, contra el mundo entero y contra todo. ¿Te fijaste en lo que me dijo? En ella era una obsesión la idea de que yo me había propuesto arruinar a Charles; y, siendo así, su única preocupación fue adelantármelo. Charles estaba completamente dominado por esa mujer perversa. En realidad, no creo que ella esté en su sano juicio.

—Me parece que no hay ninguna duda.

—Creo que a esa condición debe parte del dominio que ejercía sobre él. Charles no era un hombre muy enérgico. En mi caso, tengo la sospecha de que estaba a la defensiva, aunque es lo cierto que jamás le di motivo alguno. Pero con ella, con esa mujer de naturaleza ambigua, presumo que se sentía hombre. Es decir, que le trastornaba. Dada su condición de arpía, le dio lo que yo jamás pude darle.

—Me parece que empiezo a ver claro.

—¿No es curioso? Era mi marido y, sin embargo, me tiene sin cuidado que esté vivo o muerto... No me preocupa. Lo único en que pienso es en la pobre niña...

—¿Qué han dicho los médicos?

—Aún no saben nada. La bala le atravesó el abdomen y hay once perforaciones; se producirá peritonitis, y quizá otras complicaciones, pero aún no saben lo que puede ocurrir en el transcurso de dos o tres días. La pérdida de sangre ha sido horrible.

—¿Le harán transfusiones?

—Le hicieron una mientras la operaban. Por eso tuvieron que esperar, pues no quisieron comenzar la operación hasta que llegara el donante.

—Si lo que hace falta es sangre, yo tengo mucha.

Se puso a llorar y me cogió del brazo.

—¿Sangre también, Dave? ¿Puede haber algo que no me hayas dado?

—No te preocupes.

—Dave...

—Dime.

—Si hubiese jugado con las cartas que el Señor me entregó, no habría ocurrido. Esto es lo más terrible. Si tengo que ser castigada... lo merezco. Con tal de que el castigo... *no recaiga sobre mi hija.*

Capítulo XIII

En descargo y honor de los periódicos, debo decir que trataron muy bien a Sheila una vez que la policía la declaró libre de culpa. Publicaron el relato con mucha extensión, convirtiéndola en heroína; y no puedo quejarme por lo que dijeron de mí, salvo que hubiese preferido que no hablaran. La señorita Church lo confesó todo y la mandaron una larga temporada a Tehachapi. Llegó a admitir que había sido ella quien trajo la araña. El dinero estaba intacto, de modo que el doctor Rollinson recuperó su parte y la compañía de seguros no tuvo que pagar nada, con lo cual desapareció la preocupación que me había tenido despierto muchas noches.

Pero no era eso lo que nos inquietaba a Sheila y a mí, sino la pobre criatura que seguía en el hospital; fue sencillamente horrible. Los médicos no sabían lo que podía suceder. Durante dos o tres días mejoró en apariencia, y cualquiera hubiese creído que mejoraba, de no ser porque la temperatura subía lentamente y se le estaban poniendo más brillantes los ojos y más rojas las mejillas. Después se declaró la peritonitis, con bastante violencia. Luego, durante dos semanas, la temperatura se mantuvo en cuarenta grados, y cuando parecía que empezaba a descender hizo su aparición la bronconeumonía. Tres días tuvieron que aplicarle oxígeno, y quedó tan postrada que costaba trabajo suponer que pudiera vivir. Pero, por último, empezó a mejorar.

Durante todo aquel tiempo acompañé a Sheila al hospital dos veces por día, y mientras nos quedábamos sentados observando el gráfico, hablábamos de lo que pensábamos hacer en el futuro. Yo no tenía la menor idea. El enredo relativo a la compañía de seguros estaba solucionado; pero no me habían dicho que volviese a trabajar, ni esperaba que esto pudiera ocurrir. Después de toda la publicidad de los periódicos en torno a mi persona, dudaba que pudiera conseguir empleo, y no sabía adónde habría de dirigirme. Sabía algo de bancos, pero en esta clase de trabajos lo primero que uno debe tener es una hoja de servicios limpia.

Estábamos una noche sentados en el hospital, con las dos niñas acostadas, hojeando un libro de ilustraciones, cuando se abrió la puerta y entró el jefe de la casa central. Era la primera vez que le veíamos desde la noche en que bailó con Sheila, precisamente antes de salir para Honolulu. Traía una caja de flores, que depositó en manos de Sheila, con una reverente inclinación de cabeza.

—Se me ha ocurrido que podía venir un momento a ver cómo sigue su hija.

Sheila tomó las flores y escondió el rostro rápidamente para ocultar su emoción; después llamó a la enfermera, pidiéndole que pusiera las flores en agua. Le presentó a las niñas, y el director se sentó en la cama, jugando con ellas y pidiéndoles que le enseñaran el libro de ilustraciones. Trajeron las flores, y Sheila aspiró su aroma; eran crisantemos gigantes. Sheila le dio las gracias, y el hombre explicó que provenían de

su propio jardín de Beverly. La enfermera se fue, y las niñas se quedaron quietas un rato; en ese momento Sheila se le acercó, se sentó en la cama a su lado, y cogiéndole una mano, dijo:

—Usted ha supuesto que nos daba una sorpresa, ¿no es verdad?

—Es lo que forzosamente tenía que pensar.

Buscó en un bolsillo y extrajo un par de muñecas. Las niñas se pusieron locas de alegría, y durante cinco minutos no hubo manera de seguir hablando. Pero Sheila seguía reteniendo la mano del anciano, y al final dijo:

—No es ninguna sorpresa. Le esperaba.

—¿Cómo es posible?

—Leí que había vuelto.

—Regresé ayer.

—Y estaba segura de que vendría.

El anciano me miró, sonriendo entre dientes.

—Debí resultar un excelente bailarín aquella vez. Sin duda me salió muy bien la rumba.

—No estuvo mal.

Sheila se rió y besó la mano: yo me levanté para sentarme en una silla. También él se sentó en una silla y, mirando los crisantemos, dijo:

—Bueno, cuando a uno le agrada una persona, es forzoso que le lleve flores.

—Y cuando a una le resulta agradable un hombre, sabe que las flores vendrán.

Estuvo callado un minuto y después dijo:

—Creo que ustedes dos forman la pareja de tontos más redomados que he conocido. Los más tontos.

—Lo mismo pensamos nosotros.

—Pero que no son delincuentes... Lo he leído todo en Honolulu, y al llegar me he enterado de los detalles. Si hubiera estado aquí, le habría sancionado exactamente igual que lo hizo Lou Frazier, y no tengo una sola palabra de censura sobre su actitud; pero yo no estaba aquí, y me alegro de haber estado ausente. Ahora que he vuelto, no sería capaz de hacerle pagar por su conducta. Se apartó usted de los reglamentos y de la prudencia, pero moralmente no hizo mal. Ha... ha sido estúpido. Pero suelo pensar que todos cometemos estupideces alguna vez. Hasta yo siento impulsos... especialmente cuando bailo la rumba.

Se detuvo, se restregó los ojos con las yemas de los dedos, los abrió mucho y mirándonos fijamente, agregó:

—Pero... los jefes son los jefes, y si bien Frazier no está ya tan indignado, no podría decir que se le haya pasado todavía el mal humor. Dudo que por ahora tenga usted nada que hacer en la casa central, amigo Bennett, por lo menos hasta que estas cosas hayan caído en el olvido. Sin embargo, he decidido abrir una nueva sucursal en

Honolulu. ¿Le agradecería hacerse cargo de ella?

Amigos míos, ¿a qué gato no le gustan las sardinas?

De modo, pues, que en Honolulu es donde ahora vivimos los cinco: Sheila, yo, Anna, Charlotte y Arthur, un pequeño socio nuevo de quien ustedes no tenían noticias todavía, que llegó al mundo poco después de un año después de instalarnos aquí, y a quien hemos puesto el nombre del jefe. En este momento están afuera, en la playa; les veo mientras escribo en la galería, y puedo añadir, por si se les ocurre preguntarlo, que mi mujer está preciosa con su traje de baño. El anciano jefe vino hace una semana y nos contó que a Frazier le han trasladado al este, y que en cualquier momento que yo desee volver el campo está libre y me encontrará un puesto en seguida. Me gusta este lugar, y a Sheila y a los niños les agrada también. La sucursal hace buenos negocios. Otra cosa: me temo que, en el fondo, no quiero facilitar demasiado el camino para que Sheila y el viejo vuelvan a bailar la rumba.



JAMES M. CAIN (Annapolis, Maryland, 1 de julio de 1892 – University Park, Maryland, 27 de octubre de 1977) fue un escritor, periodista y novelista estadounidense especialmente conocido por sus novelas de ambiente sórdido, englobadas dentro de la novela negra, del que es uno de sus máximos representantes junto con sus compatriotas Raymond Chandler y Dashiell Hammett.